

Lily Carmona

# TRES MUJERES *y una historia*



*Tres mujeres y una historia*

Lily Carmona

*Nueva edición de la novela Llueven trozos de papel por cambio de título y  
portada*

Copyright © 2016 Lily Carmona. Llueven trozos de papel.

ASIN: B01GQQEJ62.

Copyright © 2019 Lily Carmona. Tres mujeres y una historia. Nueva edición.

Portada: <https://www.bookfy.es>

Todos los derechos reservados.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente prohibidos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler de la obra o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*.

A este momento y a quienes lo comparten conmigo.

A quien estuvo y quien está por llegar.

# ÍNDICE

## ÍNDICE

Capítulo 1: El metro, un andén y la fotografía

Capítulo 2: El hilo de Ruth

Capítulo 3: El hilo de Laura

Capítulo 4: Distintas voces

Capítulo 5: El hilo de Sergio

Capítulo 6: Empezando a tejer

Capítulo 7: La bailarina acróbata

Capítulo 8: Las mismas personas, años después

AGRADECIMIENTOS

SOBRE LA AUTORA

## Capítulo 1: El metro, un andén y la fotografía

Madrid es una de esas ciudades lo suficientemente grandes como para que dos personas que habitualmente vivan allí no crucen sus pasos en toda su vida. Pueden pasar ambas por la misma calle a distintas horas del día, o con solo unos minutos de diferencia, ir en metro, bajo la ciudad, y en líneas contrarias, una va, la otra vuelve, o en el mismo metro, pero en distintos vagones, a solo unos metros de distancia, a pocos pasos de encontrarse. Es posible que, en algún momento de sus vidas, ambas hayan ocupado el mismo asiento en la fila de un cine o un teatro, que las atiendan las mismas dependientas de algunos grandes almacenes en la sección de ropa, cine, discos e incluso que salgan por los mismos bares de copas sin cruzarse por apenas unos segundos... los suficientes para conocerse o reconocerse.

En cierta ocasión, tomó el metro que la dejaba cerca de casa, a unos quince minutos de la Puerta del Sol. Iba sentada con la mirada fija en ningún lado, perdida en sus pensamientos; el metro aminoró su marcha para detenerse en la siguiente parada. Un grupo de personas entró apresuradamente y, casi en el mismo instante en que sonó el timbre anunciando que se cerrarían las puertas para proseguir el viaje, la vio, corriendo hacia una de las puertas, la más alejada de donde se encontraba, pero ya se había cerrado, y el metro aceleraba lentamente reanudando su marcha.

Era una imagen típica: personas intentando subir al metro en el último segundo para no tener que esperar al siguiente. Todo era cotidiano en esa escena, habitual, pero a ella se le había encogido la boca del estómago y su corazón se había acelerado; en pocos segundos, mientras el vagón pasaba de largo, ignorándola y dejándola en el andén, pudo contemplarla, aprehenderla en su retina y reconocerla. Llevaba una gabardina beige desabrochada, jersey de cuello alto y pantalones marrones. Su pelo parecía algo más oscuro, seguramente por efecto de algún tinte, y se lo había alisado. Su expresión era de fastidio. Cargaba con varios libros y respiraba acalorada, resultado de la carrera que acababa de dar.

Al perderla de vista, su pulso progresivamente volvió a la normalidad y la respiración se hizo pausada: había cerrado los ojos como queriendo retener esa imagen. Lo que no imaginó es que quedaría tan profundamente arraigada en su mente, tanto que no pasaría ni un solo día sin que en algún momento la

recordara; cada vez que hacía aquel recorrido en el metro, esperaba y deseaba con todo su corazón que se volviera a repetir esa escena, pero cambiando el final: corre hacia la puerta y consigue llegar a tiempo para subir al vagón. ¿Qué podría haber sucedido de encontrarse cara a cara en un vagón de metro y rodeadas de otras muchas personas completamente desconocidas? Se hacía la misma pregunta una y otra vez, mientras el metro continuaba su trayecto sin Laura dentro.

OOOOOO

Aquel metro se aleja y va asimilando que la carrera que acaba de dar tan solo la lleva a intentar recuperar el aliento, mientras espera unos minutos la llegada del siguiente, sentada en uno de los bancos fríos y metálicos del andén.

Aquel ir y venir de personas y trenes la confundían; había notado que durante sus trayectos por el subsuelo de Madrid se sentía como aletargada, como si se observara a sí misma desde otro plano o a un tiempo más estirado, más pausado y, curiosamente, se tranquilizaba y dejaba ir sus pensamientos.

La mayoría de las veces no nos damos cuenta de cómo las decisiones que vamos tomando condicionan el resto de nuestras vidas; no vemos cómo nuestros comportamientos pueden llegar a afectar a las formas de actuar de otras personas o tratamos de atenuar las consecuencias.

Cómo saber que, si un día das el paso de entregarte a alguien sin reservas, ese alguien con el tiempo no dará un paso en otra dirección dejándote a ti en el camino, sola de nuevo, y temiendo volver a tomar ese riesgo.

«No me dejes nunca», le pedía, y esas palabras probablemente surgían de su propia inseguridad, temor a ser abandonada o a desaparecer, dejar de creer en algo y perderse de nuevo en la jungla de amar y ser amada. Pronunciaba esas palabras por miedo y no por la seguridad de desear pasar su vida a su lado; ahora, con el tiempo, lo ha comprendido, mientras piensa que el Amor es un gran embustero, un impostor y un puñetero, que hace que te sientas especial para después poder demostrarte que solo eres una más, una más que creyó y una más que sufrió.

Sonríe, con un libro entre sus manos; alguna frase o algún párrafo que leía la han llevado a esa reflexión que le parece algo patética, aunque en cierta forma tenga un poco de razón... El Amor es un cabrón.

Alguien, sentado a su lado en el banco de metro, ha debido de pensar que su libro es divertido, puesto que sonreía, y le ha preguntado de qué libro se

trataba muy educadamente.

—Un clásico —contesta—. *Cumbres Borrascosas*.

—Ah sí, lo leí, pero no recuerdo que fuera divertido —le dice la señora, algo extrañada porque, sin darse cuenta, continúa sonriendo con cierta ironía.

—No lo es, es un drama, pero a mí a veces me da por reír cuando las cosas se ponen muy feas.

—Ah... —La señora no parece quedar muy satisfecha con aquella respuesta que le ha dado, pero, cuando va a volver a la lectura, comenta—. Ya la entiendo, a mí me pasa a veces cuando veo la telenovela, llevan las cosas a tales extremos de drama y tragedia que te partes de risa...

Asiente con la cabeza, y la señora se queda la mar de contenta; puede volver a su lectura, aunque ya no le apetece; esa mañana le había parecido buena idea volver a leer aquel libro, después de tantos años, pero ya no. Dramas como aquel no son lo que necesita su espíritu o su mente, y mejor no hablar de su corazón, que, si no fuera porque sabe a ciencia cierta que está dentro de su pecho bombeando sangre al resto de su cuerpo, a veces dudaría de si lo utiliza o no.

Vuelve a sonreír.

«Laura, hoy lo dramatizas todo, chica», se dice a sí misma, cerrando el libro; está a punto de parar el siguiente tren.

El día continúa, aunque en ocasiones pareciera que el tiempo se detuviera para crear todo un mundo, volver al pasado e incluso imaginar un futuro; esa era la paradoja, aceptar todo eso en su mente mientras se encuentra en un instante de su vida; en concreto, en un vagón de metro y siguiendo los pasos de la rutina de cada día.

OOOOOO

*«Puedo pasarme el día tumbada en un sofá, sentada, viendo la televisión. Intento leer, trabajar con el ordenador... todo comenzó en un punto de la nada que se me coló, imagino que lo aspiré, quizás alguien me lo transmitió al estornudar como si se tratase de un virus y, como tal, comenzó a viajar por mi cuerpo, apoderándose de células y haciéndose más y más grande... el punto de la nada se ha convertido en una gran masa de vacío. Es masa porque me pesa y es vacío porque no hay nada. ¿Puede la nada pesar? A veces pienso que pronto comenzaré a flotar, no habrá gravedad para mí.*

*Mi padre ha dejado de recriminarme mi actitud, me observa preocupado*

*cuando cree que yo no lo advierto y me habla como si nada sucediese, como si su hija no se estuviera convirtiendo en otra que él no puede reconocer. A fin de cuentas, lo que a mí me está ocurriendo no ha pasado de la noche a la mañana. No sé cuándo empezó, pero sí sé que ha sido un proceso lento que me ha ido carcomiendo por dentro. Soy joven; veinticinco años no son tantos, pero sí los suficientes para tener claras ciertas cosas en tu vida, como lo que pretendes hacer en ella. Mis amigas lo saben, puede que se equivoquen, pero ya han comenzado sus respectivos caminos, tienen sus novios, sus trabajos o estudios, se divierten los fines de semana haciendo casi siempre las mismas cosas y no se plantean su existencia de la forma en que yo lo hago. O lo hacía, porque creo que ya no me apetece ni pensar en esto. Simplemente, me da igual, o eso es lo que me digo: que, aunque no es lo mismo, en el estado en que me encuentro, lo mismo da».*

Alba se despierta inquieta. Ha tenido un sueño en el que se veía hablándose a sí misma como si fuera otra persona, y lo curioso de todo no era el sueño en sí, sino que pudiera recordarlo con tanta exactitud y detalle. Por ejemplo, la Alba que hablaba tenía un aspecto más amigable y tranquilo que la Alba que escuchaba. La que se oía a sí misma parecía acongojada, como si lo que estuviera escuchando fuera tan cierto que asustaba. Se tocaba el estómago, sintiendo como crecía la desazón. Pero, en algún momento de aquel extraño monólogo a dos voces, comenzó a sentirse en paz, como si la que le hablaba fuera una amiga que la quería y la apreciaba.

Necesitaba salir de su casa, de su ciudad, de su vida diaria; intentar recomponerse y respirar, pero ¿a dónde ir? Y ¿qué hacer allá a dónde fuera? No tenía dinero ahorrado y en lo único que había trabajado era en el despacho de su padre, archivando y editando textos. Se sentía inútil para emprender la única opción que veía válida en esos momentos y no quería pedir dinero a su padre. Era Licenciada en Historia y consciente de que, con semejante carta de presentación, no iba a llegar a ningún lado.

—¡Laura! —apenas susurró su nombre, pero enseguida sus ojos empezaron a brillar; ella era la mejor opción que podía haber encontrado.

En muchas ocasiones, la amiga de su padre le había recriminado que no se dedicara a ese don que le había dado la vida: escribir. Hacía años que Laura había leído un cuento que Alba escribió para una revista universitaria y, desde aquel día, no perdía ocasión para animarla a ir por ese camino, pero la chica sentía un pudor extremo a exponer en público lo que escribía. No quería ni

imaginar que otros ojos pudieran leer lo que ella plasmaba en un papel en sus momentos de intimidad más absoluta. Lo de escribir aquel cuento y publicarlo en la revista fue por una apuesta que perdió con la misma Laura, que, intrigada por lo que la chica escribía desde muy joven y habiendo obtenido mil y una negativas a dejarla acceder a sus textos, decidió conseguirlo a través del azar.

Cuando Laura iba a su casa a pasar unos días o Alba la visitaba en Madrid, solían pasar horas jugando a las cartas y en vez de apostar dinero, se jugaban «hacer cosas por la otra», así lo llamaban. La que perdía debía hacer lo que la ganadora le pidiera; esa acción se estipulaba antes del juego y bastaba con la palabra de ambas: nunca ninguna dejó de hacer lo que se acordó antes del juego, las dos se conocían muy bien para saber lo que debían apostar e incluso a veces se pedían cosas que creían que no sabrían realizar y acababan sorprendiéndose a sí mismas. Así fue como Laura consiguió que Alba escribiese aquel cuento para la revista.

Aún recordaba la sonrisa y la mirada de admiración de Laura al terminar de leer el cuento. Estaba convencida de que Alba sería una magnífica escritora. Años después, seguía insistiendo en que la chica se fuera a vivir con ella a Madrid para que asistiera a talleres de escritura, a conferencias, a encuentros con autores y cosas por el estilo.

Alba no necesitaba publicar nada de lo que escribía, nunca lo hizo pensando en ser leída por otras personas, solo aquel cuento, por el que algunos profesores y compañeros la felicitaron, pero que, en general, pasó desapercibido, como la mayoría de las palabras que se escriben y se dicen.

Miró hacia su tablón de corcho y madera, colgado en la pared, sobre la mesa de estudio. Estaba repleto de fotografías, dibujos, recortes de periódico y notas con palabras, frases, teléfonos. Era un *collage* de imágenes de personas y cosas, fijados en un momento concreto, de muchos instantes distintos a lo largo de años; había ido haciendo limpiezas superficiales, pero ni se podía imaginar todo lo que andaba oculto en las capas más profundas.

Laura había fijado con una chincheta la columna del periódico universitario donde aparecía su relato. Lo buscó con la mirada, estaba semiculto entre notas y fotografías, apartó las notas y una de las fotografías, que era de sus amigas y ella en una excursión por el campo hacía ya dos años, y se observó detenidamente; parecía feliz y llena de vida. ¿Se sintió así alguna vez? Ahora lo dudaba. Vio el recorte y, cuando iba a empezar a leer aquel cuento que no había vuelto a mirar desde que Laura lo colocara allí, algo despertó su curiosidad. Bajo aquel trozo de papel, sobresalía la imagen de dos

mujeres sonrientes, una a cada lado del recorte. Se fijó en Laura, estaba radiante y mucho más joven y, al otro lado, Ruth, tal y como Alba la recordaba, guiñaba un ojo y reía a carcajadas. Quitó la chincheta que fijaba el recorte, tapando justo el centro de aquella fotografía, y se vio, diez años atrás, sentada entre ellas y haciendo burlas a la cámara. Se quedó con la fotografía entre las manos. Qué curioso que Laura colgara su cuento tapando aquella fotografía. ¿Lo había hecho aposta o era un guiño del tiempo?

No sabía por qué extraña razón se le metió en la cabeza que aquello tenía que tener algún sentido oculto, un cúmulo de casualidades: ella pensando en ir a vivir con Laura para dar un cambio a su vida, el recuerdo de aquel cuento que escribió y el recorte del periódico bajo el cual aparecían las dos mujeres. Volvió a mirar la fotografía: Laura y Ruth felices, y ella en medio. ¿Eran las dos amigas las que la agarraban a ella o era Alba la que se aferraba a los brazos de ambas? Se vio como un nexo en común entre Laura y Ruth, y también quiso imaginar que aquella fotografía intentaba comunicarle algo. ¿Y si volviera a aferrarse a ellas como entonces?

¿La ayudarían a encontrar su camino esas dos mujeres? Sabía que se habían distanciado, a Ruth no había vuelto a verla desde hacía más de diez años.

¿Y si era Alba el puente de unión hacia un reencuentro entre ellas?

Fuera como fuese, Alba tuvo más claro que nunca su destino inmediato.

## Capítulo 2: El hilo de Ruth

Qué fue lo que le sucedió a su cabeza desde que vio a Laura en el metro es algo que se preguntaba cada día, cuando ya no soportaba más el continuo *flashback* que parecía haberse apoderado de su mente. No lo entendía, intentaba razonarlo y simplemente se le escapaba.

¿Por qué, cuando todo en la vida parece ir sobre aguas tranquilas, la sola imagen de alguien viene a embravecer esa calma, hasta el punto de dejarte llevar por esas olas que te arrastran, alejándote irremediabilmente de donde te encontrabas?

Reconocía que Laura había sido como una aparición. No fue una simple imagen; hubo algo mágico en aquella visión, algo que conectó con esa parte que ni ella conocía, por lo primitiva, profunda e irrazonable, y ahí se asentó, sin dejar que pudiera comprender lo que aquello significaba.

Era obvio que la había impactado volver a verla después de ¿cuánto tiempo? Once años. Pero eso era algo que siempre le había sucedido al verla, aparecía y se iba encogiendo, a la vez que su estómago, sorprendida de lo que sentía. El efecto que causaba en ella la aturdió más de lo que deseaba, incluso cuando quiso dejar de sentirlo y se lo negaba.

Creía haberlo conseguido, ya apenas pensaba en ella. Cuando su mente volaba a su antojo y al encuentro de aquellos recuerdos, lograba apartarlos con una velocidad de vértigo, con un dominio que la satisfacía, porque le daba control sobre ellos. Se sentía dueña y señora de esa cosa que tenemos sobre el cuello a la que llamamos cabeza.

¡Ja! Qué ingenua. Ahora se sentía incapaz de apartar aquella visión de su vida, esa imagen que había tocado los resortes precisos para derrumbar todo cuanto creía asentado.

Aun así, lo intentaba, cada día. Se esforzaba por librar aquella batalla, había llegado a la conclusión de que luchar contra la aparición no hacía más que acrecentarla en importancia, mientras se sentía más y más pequeña al darse cuenta de su poder; decidió dejarla a sus anchas, acogerla cuando apareciera y recrearse en ella, sin esfuerzos, con la mayor naturalidad del mundo, como si convivieran y no se estuviera apoderando de su voluntad.

No supo qué fue peor porque, cuando menos lo esperaba, se le ponía cara de boba, ya estuviera trabajando, con sus amigos, andando sola por la calle... Era difícil sacarla de ese trance, de ese revivir aquel momento una y otra vez,

cuando le daba la gana de aparecer; ni que decir tiene que todo se complicó y que, hasta los más cercanos a ella, o precisamente ellos, no sabían lo que le estaba pasando.

¿Qué iban a saber? ¿Acaso lo sabía ella?

Lo único claro que le dejaba todo aquello era su irrefrenable deseo de volver a ver a Laura, de saber de ella. Qué hacía en Madrid cogiendo el metro aquella tarde cargada de libros, por qué su pelo estaba más oscuro, qué había hecho todos aquellos años en los que no tuvo noticias de ella, ni hizo por tenerlas...

Pero no quería dar su brazo a torcer, reconocerse vencida por aquel pensamiento. Se empeñaba en apartarlo de su vida, que se desgastara de tanto usarlo, para volver a recuperar el instante inmediatamente anterior a esa visión, ese saber estar ante la rutina que se había creado a su antojo, hacer y deshacer sin aspavientos ni sorpresas, estar en tierra de nadie, sin apasionamientos ni excesivo dolor.

Todo eso pasaba por su mente, ráfagas de electricidad conectando las mismas neuronas cada día. ¿Se habrían muerto todas las demás? ¿Solo había actividad en esa parte de su cerebro? ¿Acaso no podía pensar en todas las cosas que le atraían antes de aquel encuentro?

¿Se puede obsesionar alguien por la misma persona en dos momentos muy distintos y muy distantes de su vida?

Seguro que sí, daba fe de ello.

OOOOOO

Tal era el desbarajuste en el que se encontraba que decidió no postergar más el momento de quedarse embarazada. Desde que había cumplido los treinta, no había parado en el intento de convencer a los que la rodeaban y a sí misma de cuánto deseaba ser madre; su trabajo tampoco ayudaba, ser azafata de vuelo y pasar la vida entre aviones y hoteles le hacía retrasar año tras año aquel anhelo; aparte del hecho de que no había vuelto a amar a nadie desde hacía muchos años.

Y eso que llevaba un año con Luis y antes había tenido otras relaciones.

Estaba a punto de cumplir los cuarenta años y, como por arte de magia, Luis resultó ser el candidato ideal; qué más daba si no lo amaba, ¿era el amor garantía de algo? Tenía una teoría: las parejas que más duran en el tiempo son aquellas que han dejado de amarse y así lo asumen; su relación se convierte en

un compromiso gratificante, en una especie de compañía compartida. El amor no duraba, no el amor compartido día a día. Así que, si no estaba enamorada de Luis, mucho mejor; ni siquiera tendría que pasar por la fase del desenamoramiento. Todo era perfecto y, si dejaba de serlo, siempre podía separarse de él, pero con el deseo cumplido de ser madre. Y su hijo tendría un buen padre, porque, aunque no le amara, Luis era un buen hombre.

Qué cosas se le ocurren a una cuando no hace más que asirse a las ruinas de todo lo que ha construido durante años. Más tarde lo sabría, pero en aquel instante era su escapatoria.

OOOOOO

Miraba la vida al revés, desde el último instante hacia atrás.

El último instante fue aquel en el que le comunicaron que estaba embarazada. Su ginecóloga le hablaba, la tenía enfrente, pero su voz le llegaba muy lejana. Miraba a Luis, sonriente y pleno por la noticia, con su pelo perfectamente fijado y su traje hecho a medida. Se le hacía ajeno. ¿Era ella la que estaba allí sentada?

No fue consciente de su felicidad hasta que se quedó a solas en casa. Tenía que llamar a sus padres, a su hermano, amigos; pero necesitaba sentir aquello de ella y solo de ella durante todo el tiempo que pudiera. Se acariciaba el vientre continuamente a sabiendas de que solo estaba de mes y medio. Ya no había vuelta atrás. Tendría que dejar su trabajo, buscar otro que le permitiera pasar el mayor tiempo posible junto a su hijo; no sabía qué demonios iba a hacer, pero se las arreglaría, aunque Luis no estuviera.

No se imaginaba compartiendo su vida con él, conviviendo en la misma casa, y pensaba si ese tendría que ser el sacrificio a pagar a cambio de lo que le había dado, ser el padre de aquel niño. Intentar llevar una relación sin amor, a fin de cuentas, es lo que había hecho desde que estaba con él. Lo quería muchísimo, pero nada más y nada menos.

A veces, se preguntaba si su corazón no habría quedado reducido a un potente músculo con capacidad de darle la vida y de quitársela. Estaba dentro de su pecho bombeando sangre al resto de su cuerpo y ahora le daba la vida también a su hijo; esto era suficiente para llenarla de amor. Paradójicamente, aquella sensación le devolvía la imagen de Laura, cuando lo que había deseado era apartarla con todas sus fuerzas. La imaginaba junto a ella, compartiendo aquella plenitud. Lo que tenía a su lado no la saciaba, así que se

dedicó a soñar y a recordar.

Cuando volvía a la realidad, la necesidad imperiosa de volver a estar cerca de ella la invadía y se alejaba de Luis. Pobre Luis, qué paciencia tuvo durante aquellos días; achacaba su estado de ánimo al embarazo, no quería darse cuenta del final que se aproximaba inexorablemente. Quizá él la amaba, puede que pensara que se vería correspondido con el tiempo, pero los sentimientos no se pueden forzar, no puedes empeñarte en amar.

Ni en dejar de amar... y lo había intentado hasta creer haberlo conseguido.

Pero en Laura se quedó. Cómo explicarle esto, plantarse frente a ella y resumir todo el dolor que le había causado, encontrar una causa, una razón que pudiera aliviarlo y hacer olvidar aquellos años. Imposible.

Era incapaz de cruzar la línea entre lo soñado y lo real, entre lo que deseaba y lo que creía que podía conseguir. Entre otras cosas, porque ni ella se fiaba de sí misma; quizá aguardaba a que toda aquella amalgama de recuerdos, sentimientos y sensaciones volvieran al momento inmediato anterior a aquel instante en el metro, para poder seguir con su vida sin Laura, sin que pensar en ella doliera tanto.

## Capítulo 3: El hilo de Laura

Laura esperaba en el andén de la estación de tren; Alba iba a vivir con ella sin fecha de retorno.

Se imaginó miles, millones de líneas marcadas en los suelos, en los andenes, en la tierra; cada persona tendría su propio color para poder seguir el recorrido de su vida.

Vio a la chica a lo lejos, bajando de uno de los vagones y, mientras una sonrisa se le dibujaba en los labios, recordó cuando ella misma llegó a Madrid, hacía ya diez años. Había conseguido un trabajo en un centro comercial especializado en libros, discos y vídeos.

Por entonces, Laura había estado intentando preparar unas oposiciones, sin éxito, y daba clases particulares por las tardes a niños. No podía ni imaginar volver a pasar un nuevo año como aquel, y como tantos otros, haciendo cosas que no la satisfacían realmente y que no la llevaban a ninguna parte. Marta, una chica que conoció por Internet y que terminó convirtiéndose en su mejor amiga, le propuso que fuera a trabajar con ella. Era la jefa de la sección de libros del centro comercial y sabía de su pasión por los libros y su deseo de montar una librería si algún día tenía los recursos. Le costó dar el paso, siempre le había costado tomar decisiones, pero, cuando lo hacía, no quería ni oír hablar de arrepentirse. «Si te equivocas, también aprendes, así que nunca te arrepientas de las decisiones tomadas», eso solía decir.

Tenía treinta y un años y nada estable en su vida: ni un trabajo, ni una relación, solo algo de dinero ahorrado en el banco. Compartiría piso con Marta y trabajaría como dependienta, eso es lo que se le ofrecía y eso es lo que aceptó, porque en aquellos momentos lo vio como su mejor salida, la mejor posibilidad entre todas; deseaba marcharse, aunque solo fuera durante un tiempo. Perderse en una gran ciudad y hacer como que comenzaba de nuevo, porque realmente es imposible querer empezar de cero a los treinta y un años; ni a los quince. Lo vivido es parte de ti y te acompaña a donde vayas; pero sí que podía intentar cambiar su forma de vivir a partir de aquel momento, de enfrentarse a las situaciones, de probarse a sí misma, ir por otros caminos y seguir hacia delante.

Marta se convirtió en un gran apoyo para ella, lo mismo que ella intentaría

serlo ahora para Alba; la guio durante las primeras semanas por la ciudad, que apenas conocía, y fue enseñándole todo lo necesario para que pudiera desenvolverse adecuadamente en el trabajo. Conocer a alguien que trabajaba en la empresa te abría las puertas más fácilmente.

El período de prueba lo superó sin problemas, se interesaba por las novedades literarias y por los clásicos; procuraba leer todos los libros que podía en su tiempo libre; comenzó en el almacén, desembalando las cajas donde llegaban los libros, catalogándolos y colocándolos posteriormente en las estanterías correspondientes. Alternaba ese trabajo con dos compañeras más. Lo que más le gustaba era reponer los libros que se iban agotando, porque suponía poder quedarse en la planta durante horas y observar al resto de los compañeros y a los clientes. No le gustaban los vendedores insistentes, aquellos que se acercaban al cliente en cuanto llegaba y le soltaban lo de «si le puedo ayudar...». Era efectivo con algunos clientes, pero a la mayoría les gustaba pasearse por las mesas y las estanterías hojeando los libros o las contracubiertas, intentando decidir por ellos mismos qué libro comprar. Era mejor no estar ni muy cerca ni muy lejos del cliente, que notara que estabas lista para aconsejarlo si él lo requería, pero sin agobiarlo ni hacer que se sintiera incómodo u observado.

En dos meses pasó a planta, de cara al público, y pudo poner en práctica sus ideas; como procuraba leer cada libro que pasaba por sus manos, los clientes apreciaban sus recomendaciones. Con solo observar a la persona que hojeaba los libros, se imaginaba el tipo de libro que le podría gustar; unas veces acertaba y otras no, pero, aun así, los compañeros, e incluso Marta, hacían apuestas sobre el tipo de libro que compraría el cliente de turno que entraba por la puerta, entre divertidos y asombrados por su buena intuición o adivinación.

Laura era bastante tímida, pero para hacer nuevos amigos y hablar de sí misma, cosa que no afectaba para nada a aquel trabajo. Ser amable, educada y atender a los demás sin tener que dar explicaciones de su vida ni pedir las se le daba de vicio. Algunos clientes habían intentado ligar con ella, pero sabía cómo tratarlos: cierta dosis de amabilidad e indiferencia, mezcladas en un cóctel especial para ligones. Se sirve y listo. El ligón se va con su libro, aunque no haya conseguido liarse con la dependienta.

Marta y ella se hicieron inseparables. Vivían, trabajaban y salían a divertirse juntas. En algunas ocasiones, una tercera persona habitaba la casa, pero no solía tardar mucho en marcharse. Marta era enamoradiza, pero

también se desenamoraba demasiado pronto; seguía empeñada en encontrar al amor de su vida y estaba convencida de que lo conseguiría a base de probar; con cuanta más gente lo intentara, más cerca estaría de encontrar a esa persona.

En cambio, Laura, la mayoría de las veces, se sentía como de otro mundo, de un lugar en el que para encontrar amor no era necesario salir de copas a lugares normalmente abarrotados de gente donde es muy posible que haya alguien afín a ti, pero lo más probable es que pases la noche hablando con gente con la que nunca llegarás a conectar, entre otras cosas porque ella no ponía ningún interés. A veces, incluso le llegaba a molestar que alguien intentara ligar con ella descaradamente; y que la consideraran un bicho raro por ello le fastidiaba aún más. Estaba convencida de que lo raro era precisamente lo que hacía la mayoría, intentar encontrar amor de esa forma, en sitios oscuros y ruidosos, con aliento a alcohol y olor a tabaco.

Marta decía que la gente no iba a esos sitios a buscar amor, sino a evadirse de la rutina y olvidarse de quiénes eran durante unas horas. A eso ayudaban el alcohol, las drogas y el sexo. Pero era posible coincidir con alguien que realmente te gustara, volver a encontrarlo otro día y quedar para empezar a conocerlo.

—¿Cómo pretendes enamorarte tú? No quieres liarte con nadie del trabajo, ni con los clientes, cuando salimos a divertirnos casi les das con el bolso en la cabeza a quienes intentan ligar contigo... chica, así no se puede, ya me dirás.

Laura sonreía, casi dándole la razón a su amiga, porque sabía que la tenía; quizá no fuera el momento de volver a enamorarse y ya está. Qué empeño en pasar la vida en pareja. Había momentos en los que uno tendría que intentar dedicarse a sí mismo y olvidarse de «eso» de entregarse al otro.

Eso decía, y era lo que hacía. Conoció a mucha gente en el trabajo, en las clases de yoga a las que iba tres veces a la semana, en sus salidas nocturnas con Marta. Comenzó a conocer Madrid y a gustarle vivir allí. Muchas veces había pensado que aquella ciudad le vendría demasiado grande, que no podría sentirse bien en una ciudad tan abarrotada de todo, enormes cantidades de gente, de tráfico, de calles y avenidas, largas distancias por recorrer y mucho tiempo perdido en ir de un lado para otro. Pero se equivocaba, y se alegraba de comenzar a sentirse a gusto rodeada de todas esas cosas. A fin de cuentas, ahora vivía allí, y Madrid era en esos momentos su ciudad.

En sus primeras semanas, tuvo que hacer grandes esfuerzos por controlar su deseo de llamar a Ruth o de pasar por la calle donde vivía. Solo había

estado en su casa en dos ocasiones: cuando la compró ya habían comenzado a distanciarse. Aun así, se había dejado llevar en más de una ocasión, se quedaba en una esquina de la calle, algo alejada del portal de su bloque de pisos y hacía como que esperaba a alguien, sin dejar de mirar, por si la veía aparecer. Se marcharía sin decirle nada. A veces llamaba desde su móvil, con la opción de número oculto, al de Ruth, y lo dejaba sonar solo una vez; oír que daba llamada la aliviaba. Otras veces, dejaba que ella descolgara y, en cuanto oía su voz, cortaba la llamada. Lo hacía cuando la echaba tanto de menos que necesitaba saber que seguía ahí, no ya por el mismo camino que ella, pero estaba, y Laura sabía que estaría bien. Porque Ruth era una persona que sabía disfrutar de la vida, que se lanzaba a vivirla de lleno y que siempre había contado con gente que la quería. Por eso colgaba el teléfono sin hablar o se marchaba de la esquina de su calle sin verla: porque pensaba que, si Ruth la hubiera necesitado o echado realmente de menos, habría intentado volver a acercarse a ella. Pero sus intentos por mantener aquella amistad le habían parecido a Laura cargados de indiferencia y prefirió dejar las cosas estar; un día decidió no volver a llamarla y Ruth, aunque continuó interesándose por ella durante un tiempo, también llegó el día en que dejó de telefonarla. Y así pasaron los años. No tuvieron una fuerte discusión, no se echaron en cara nada de lo ocurrido, ni dijeron adiós definitivamente ninguna de las dos; simplemente, dejaron de hablarse con el tiempo. Laura, porque llegó un momento en que pensó que sería lo mejor, y Ruth, quizá, porque, sin saberlo, aceptó aquella decisión.

Ya no hacía aquellas llamadas, ni iba a la esquina de su calle, pero sí recordaba que lo había hecho, y eso la hacía sonreír. «Qué tonta eres para todo, no tienes remedio», se decía, tratando de acallar cierta vocecilla interior que le susurraba lo que no quería escuchar, la posibilidad de haberse equivocado al colgar el teléfono o al marcharse de aquella esquina sin haber intentado hablar o ver a Ruth, sin dar el paso para acercarse de nuevo. Siempre tememos volver a algo o a alguien que nos hizo sufrir, es preferible evitar el dolor que tratar de buscar la felicidad, porque esta, a veces, se hace – o la hacemos– tan inalcanzable que no parece hallarse nunca. En cambio, el dolor es tan de estar por casa que, en muchas ocasiones, nos hacemos a él y nos convertimos en auténticos masoquistas; nos amoldamos a una vida que no deseamos, amamos a quien nos hace sufrir.

Ahora Laura creía que había que evitar eso a toda costa: huir del dolor en la medida en que pudiéramos hacerlo y dejarse de patrañas de ser feliz; en

todo caso, estar contenta con tu vida, con lo que haces cada día y sentirte bien, nada más y nada menos.

Y fue consiguiéndolo mientras iba desapegándose de una persona y de un recuerdo.

## Capítulo 4: Distintas voces

Sergio se acomodó en el sillón de su despacho después de un día de locos. Había pasado gran parte de la mañana en los juzgados: un juicio por la custodia de los hijos, dos personas que un día se quisieron convertidos en auténticos enemigos en una batalla por la conquista de unos niños en común.

El rostro de Alba acudió a su mente. «Mi hija», se dijo, y sonríe, invadido por una inmensa alegría. Había estado muy preocupado por ella, no sabía qué dirección iba a tomar, se pasaba el día encerrada en casa. Sabía que no debía presionarla, pero le inquietaba pensar que quizá no se estuviera comportando como un padre para ella. Nunca antes tuvo que enfrentarse a este dilema. Alba siempre fue muy por encima de su edad, incluso de niña le sorprendían sus maduros diálogos.

—Parece una vieja —solía comentar su madre, cuando veía la cara de admiración que se le quedaba a Sergio en sus primeras conversaciones con la niña. Tenía seis años y era la niña más encantadora que hubiera conocido en toda su vida. El cariño fue mutuo, Alba debió de darse cuenta muy pronto del amor que ese hombre sentía por su madre.

Sergio tuvo muchos problemas con su familia a causa de esa relación, en sus comienzos, cuando sus padres aún no conocían a María y a su hija. Pensaban que un chico de apenas veinte años no debía comprometerse con una mujer cinco años mayor que él y madre soltera. Tenía toda la vida por delante y se arrepentiría.

Con el tiempo, aunque siguieran pensándolo, lo callaron; en cuanto Sergio acabó sus estudios de Derecho, se casaron, e inmediatamente adoptó a Alba. La niña no conocía a su verdadero padre y nunca le preguntó por él.

Fue tan feliz durante aquellos seis años... hasta el día de aquel tremendo accidente que se llevó la vida de María, de su amor.

Laura y Ruth se volcaron en él y en la niña. Su familia también, pero, sin sus dos amigas, estaba convencido que habría abrazado la locura.

El sonido del teléfono lo trajo de vuelta de sus recuerdos. Reconoció su voz enseguida, aunque hacía mucho tiempo que no la escuchaba.

—Hola, Sergio, ¿qué tal estás? —sonaba como siempre, dulce y risueña, con cierto toque irónico. Cualquiera que no la conociera pensaría que estaba a

punto de gastarle una broma.

—Qué sorpresa. Bien, bien. Aquí, en el despacho. —Estaba tan sorprendido...

—Y yo que pensaba que no podía existir nadie más adicto al trabajo que yo. Para un poco, que vas para viejo.

—Muy graciosa, la que fue a hablar. —Sergio escuchaba las carcajadas al otro lado—. Bueno, cuéntame, ¿qué es de tu vida?

—Pues, precisamente, te llamaba para comentarte algo... —Mantuvo el silencio, como queriendo remarcar la importancia del momento, pero Sergio aún estaba demasiado asombrado con el simple hecho de estar escuchando su voz después de tanto tiempo—. Estoy embarazada.

—¿Embarazada? —A Sergio por poco le dio algo—. ¿Y eso?

—Cosas que pasan, ya sabes...

—Vaya, me has dejado de piedra, Ruth. ¡Enhorabuena!

—Gracias. Ya sé que estás pensando que es arriesgado, por mi edad, estoy al límite, pero voy a ir con mucho cuidado y me haré todas las pruebas...

—Sí, pero si vas con cuidado... ¿De cuánto estás?

—Mes y medio.

—Qué noticia... pues era lo que menos esperaba.

—Me imagino... Y, cambiando de tema, ¿cómo está Alba?

—Está muy bien, aunque la encuentro algo perdida últimamente. No sabe qué hacer con su vida. Me recuerda a... —Sergio hizo una pausa, pero no fue intencionada, solo que a veces no sabía si debía pronunciar el nombre de una al hablar con la otra y viceversa—. Laura.

Ruth tardó unos segundos en contestar.

—Me encantaría veros. Hace ya tiempo y... ¿Laura? —Ruth parecía perder toda su seguridad cada vez que preguntaba por Laura, le ocurría siempre que habían hablado en estos años; era difícil no advertirlo.

—Bien, Ruth. Desde que montó ese café-librería, está pletórica. A veces me pregunto si es la misma Laurita que conocimos... y, ahora, Alba se ha ido a vivir con ella una temporada, a ver si allí logra encontrar su sitio.

De nuevo, el silencio. Había cosas que nunca cambiarían, aunque hubieran pasado diez años desde que sus dos amigas dejaran de hablarse y le tocara a él rellenar esos silencios que se hacían al hablar de Laura con Ruth y de Ruth con Laura. Estaba cansado de aquella situación, pero ya no sabía qué más podía hacer por aquellas dos mujeres. Había notado una ligera diferencia, aunque no por ello poco importante: en el caso de Ruth, era ella la que sacaba

el tema de Laura, aunque solo preguntara qué tal estaba y poco más; en cambio, Laura solo preguntaba por Ruth si él sacaba el tema y enseguida se notaba que era preferible cambiar de conversación, porque Laura no podía disimular lo que sentía, aunque lo intentara. Las dos eran distintas hasta en eso; Ruth podía llevar un gran pesar dentro de sí y sacar una de sus mejores sonrisas, sabía muy bien cómo disimular sus sentimientos si se daba el caso de tener que hacerlo.

—¿Sabes? Una vez la vi.

—¿A Alba? ¿Dónde? —le preguntó Sergio, sorprendido.

—No, a Laura... Yo iba en el metro, y ella estuvo a punto de subir, pero lo perdió en el último segundo. No me vio, pero yo a ella sí, y la vi muy bien.

—¿Cuándo fue eso? —Sergio notaba cierta nostalgia en la voz de su amiga, pero no podía asegurarlo.

—Hace unos meses... tres, tal vez.

—¿Y ahora me lo cuentas?

—No hemos hablado en mucho tiempo, Sergio... —Era la pura verdad, ni recordaba el tiempo que había pasado desde su última conversación. ¿Años? ¿Por qué habían dejado de hablar?

Sergio movía la cabeza de un lado a otro; acababan de despedirse, después de prometer encontrarse pronto. Miró su reloj, ya era hora de ir a casa a dormir. Dentro de unos días estaría en Madrid con Alba, y sería una oportunidad de volver a ver a Ruth, ahora que se había vuelto a poner en contacto con él. Sonrió.

Presentía que se avecinaba tormenta, un gran nubarrón acompañado de relámpagos. Ya se sabe: dos fuerzas de energía opuestas entre sí que se atraen y se encuentran, produciendo una gran explosión y mucho ruido.

Salió de su despacho tarareando la canción de Sabina

«Ruido».

OOOOOO

Alba la esperaba en la librería. La chica se había colado en su vida, volviéndolo todo patas arriba. Le encantaba trabajar allí, rodeada de libros. No paraba de hacer preguntas, y no solo de trabajo; se interesaba especialmente por su vida. Parecía tener claro que quería ser escritora y le gustaba conocer las historias de las personas que la rodeaban. Era una esponja, capaz de absorber palabras por doquier.

—¿Pero tú lo que quieres es escribir mi vida o qué? —le decía Laura.

—No, pero igual te convierto en uno de mis personajes o tomo algo de ti para plasmarlo en el libro, no sé, ya veré —comentaba Alba, intentando convencerla.

—Pero si mi vida es un aburrimiento, Alba, ¿a quién le puede interesar?

—A mí y a muchos más que a mí. ¿Crees que tienes que haber vivido grandes experiencias o haber ido en busca del Santo Grial para resultar interesante? Tú tienes una cierta dosis de misterio que me llama mucho más la atención que alguien que se haya adentrado por la selva tropical. Y no digo que esa historia no me atraiga; solo digo que, si he de elegir, prefiero escribir un libro con personajes cercanos con los que podamos identificarnos, comprenderlos o tratar de ponernos en su lugar, eso es todo.

Laura la entendía; precisamente los libros que más adoraba eran los que contaban historias que podrían haberle sucedido a cualquiera, libros con los que en algún momento te preguntabas qué harías en lugar del personaje de turno. Historias que se hacían creíbles, aunque transcurrieran en otros tiempos, décadas, siglos atrás. Esas vidas que, aun limitándose a papel y tinta, se acababan convirtiendo en parte de ti, como las que puedan contarte boca a boca o boca a oído, que estaría mejor expresado. Y era lo que Alba pretendía, escuchar de su boca la historia de su vida.

—¿Y por qué yo? —Laura no estaba muy convencida de querer formar parte, aunque solo fuera de refilón, de ningún libro—. Pregúntale a tu padre. Él, por ejemplo, tiene una bonita historia de amor que contarte, porque adoraba a tu madre y...

—Esa historia ya me la sé, Laura, pero quiero saber muchas más. —Alba parecía algo triste siempre que hablaban de su madre—. No sé por qué te resistes tanto, ya me has contado un montón de cosas, pero, en cambio, hay otras que parece querer evitar a toda costa.

—¿Como cuáles? —Laura la veía venir, presentía cual sería el tema.

—El amor, por ejemplo. Has debido de enamorarte con todo tu corazón alguna vez.

—¿Y por qué estás tan convencida? Igual se me ha pasado la vida sin encontrar ese amor, o aún está por llegar. —Ella misma se daba cuenta de que contestaba a la defensiva.

—Vale, no intentaré que me cuentes algo de lo que no quieres hablar, solo te diré que, algún día, si te apetece...

—Eres una sabihondilla, ¿eh? —Sonreía mientras se dirigía hacia la chica,

intentando alcanzarla, pero Alba corría más y se adentró en la librería, junto a la zona de cafetería, donde había varias personas hojeando algunos libros; así que no le quedó más remedio que volver sobre sus pasos, murmurando «ya te pillaré, enana, y te vas a enterar». Pero su sonrisa, en cuestión de segundos, dio paso a un gesto de tristeza; sabía que Alba insistiría y le seguiría recordando algo que ni siquiera había podido olvidar. Cómo olvidarlo.

«Has debido de enamorarte con todo tu corazón alguna vez». Las palabras de Alba se repetían en su cabeza.

OOOOOO

Alba pasaba la mayor parte del tiempo que llevaba en Madrid entre las paredes de aquel café-librería y las clases en el taller de escritura; a clase acudía por la tarde-noche.

Se habían formado dos grupos en el taller: uno con gente de veinte a treinta años, y otro entre los treinta y los sesenta. Un grupo muy variopinto este último, en el que ella se sentía muy bien; siempre se había llevado mejor con la gente mayor que ella.

No solía llegar tarde a casa de Laura, porque le gustaba estar con ella hablando un rato antes de ir a dormir. A veces, Laura ya había cenado, y Alba cogía su plato y se sentaba a su lado. Le contaba cómo le había ido el día, a pesar de que trabajaban juntas, o hablaba de sus nuevos compañeros o de alguna nueva idea para su libro. Se daba cuenta de que a Laura le encantaba escuchar, pero contaba muy poco sobre sí misma, y eso era algo que la intrigaba. Muchas noches se acostaba imaginando historias en las que Laura era la protagonista. De alguna manera, ya había decidido convertirla en el personaje principal de su novela, pero, por más historias que le inventara, estaba convencida que ninguna de ellas superaría la real.

Tenía que haber más personajes en ese libro: uno podría ser su padre, el amigo de toda la vida; ella misma también podría incluirse en el libro, como la hija adoptada por Sergio a los seis años, al casarse con María, su madre. A su padre biológico no lo conoció, así que si le incluyera en el libro sería con la simple reseña «padre biológico desconocido» o, a lo mejor, lo haría aparecer años después, pero lo dudaba, no quería complicar la historia, que ya de por sí se le empezaba a hacer demasiado enrevesada. Otro de los personajes principales sería Ruth, y el misterioso suceso que llevó a las dos amigas a distanciarse durante años.

Quería volver a ver a Ruth. La recordaba con mucho cariño, aunque siempre que aparecía por casa lo hacía en compañía de Laura. Llegaban las dos juntas, y su casa parecía otra los días que se quedaban. Hasta su padre trabajaba menos, e incluso dejaba de ir unos días por el despacho. Ruth le traía regalos de los lugares en los que había estado, que a ella le encantaban, y siempre sonreía; no sabías cuándo hablaba en serio y cuándo estaba de broma. Alba ni podía imaginarla enfadada por algo, era una de esas personas con un gran encanto que te enamoran enseguida si se lo proponen y, a veces, incluso, sin proponérselo.

En su casa ya no se respiraba ese ambiente tan festivo cuando Laura comenzó a visitarlos sin Ruth. Incluso llegó a pensar que Laura estaba enferma; perdió peso y parecía triste y sin ganas de hacer nada. A veces notaba que había llorado, y su padre la cuidaba excesivamente, siempre pendiente de ella e intentando animarla a hacer cosas. Aun así, cuando veía entrar a Alba, intentaba poner una de sus mejores sonrisas, pero Laura no disimulaba bien.

Alguna vez le preguntó a su padre, e incluso a la misma Laura, si se encontraba bien, pero ambos trataban de hacer como si nada estuviera sucediendo y Laura fuera la misma de siempre.

Alba siempre supo que algo había sucedido. El tiempo hizo que Laura volviera a recuperar su peso e incluso unos kilitos de más que le vinieron estupendamente, puesto que era muy delgada, y pasaron los meses y recobró su sonrisa y sus ganas de hacer cosas y de llevar la alegría a su casa. Y Alba la quiso aún más, si eso era posible, porque verla sobreponerse de lo que fuera que la hizo caer fue lo mejor que recordaba de esos años en los que Laura parecía haberse dejado vencer por la vida o por sus circunstancias.

Ruth no volvió a aparecer por casa.

Y, aunque Alba sabía que ambas mujeres ya no se veían, algo muy dentro de sí le decía que debía de ser imposible que olvidasen esos tiempos en los que las dos se entendían a la perfección. ¿Qué pudo ser más fuerte que su amistad? Estaba decidida a dar el paso y, si Laura no deseaba hablar de aquello, le preguntaría a Ruth o a su padre. Nunca le habían gustado las personas entrometidas, que iban fisgando por las vidas de los demás y que intentaban dar lecciones de lo que era mejor para los otros, pero haría una excepción y se convertiría en eso el tiempo suficiente; necesitaba saber, y ya pensaría después en qué hacer con ello. Cada cosa a su debido tiempo.

Y, en ese momento, lo que necesitaba era dormir. Su padre llegaba a

Madrid al día siguiente. Tenía que hablar con él, preguntarle de una vez por todas lo que le rondaba por la cabeza.

## Capítulo 5: El hilo de Sergio

Sergio bajó del tren en la estación de Atocha. Caminaba algo apresurado por el andén, deseando ver a lo lejos la figura de su hija. Cómo echaba de menos a la condenada y cómo iba a seguir haciéndolo, porque Alba parecía encantada viviendo en aquella ciudad. La vio a lo lejos, junto a Laura, ambas sonrientes; su amiga parecía haber firmado un pacto con el diablo, los años le sentaban cada vez mejor. Lo recibieron entre abrazos, besos y bromas. Laura había sacado su coche de la cochera donde permanecía la mayor parte del tiempo para ir a recogerlo a la estación; prefería moverse por Madrid en metro, ir en coche le parecía una pérdida de tiempo absurda.

La casa de Laura estaba tan acogedora como siempre. Él dormiría en el sofá-cama, porque Alba había hecho suya la habitación de invitados; era fin de semana y tendrían tiempo para estar juntos, aunque Laura abría la librería los sábados por la mañana. Sergio había quedado con Ruth el sábado a la hora de la comida, pero aún tenía que decírselo a Laura, y encontró el momento perfecto esa misma noche, mientras Alba salía para ir a su clase en el taller de escritura. Acababan de cenar y tomaban un licor en el salón; habían pasado la velada contándose cómo les iban las cosas y hablando de Alba.

—Ruth me llamó hace unos días —soltó Sergio, y notó la sorpresa en la cara de su amiga, porque en ese momento hablaban de un libro que Laura estaba leyendo y que le parecía magnífico.

—Ah... —dijo, intentando recuperar la compostura, pero le resultaba difícil ante aquel hombre que tanto la conocía—. ¿Está bien?

—Sí, eso parece. Le dije que venía este fin de semana y me invitó a comer a su casa, tiene ganas de ver a Alba.

—¿Y cuándo iréis? —Laura se levantó del sofá para rellenar su copa de licor.

—Pues, si te parece bien, había pensado que mañana. Como tú abres la librería, Alba y yo podríamos irnos temprano a pasear por Madrid, quiero que me cuente qué tal le va todo y, después, comer con Ruth. Volveríamos pronto.

—Sergio tuvo la sensación de estar excusándose por algo que iba a hacer, y le pareció muy cómica la situación.

—No tienes por qué volver pronto, hombre, que no pasa nada. —Laura

también lo había advertido y trataba de quitar importancia al asunto—. Es lógico que Ruth, Alba y tú tengáis cosas de qué hablar, hace ya tiempo que no os veis. —Se volvió a sentar junto a su amigo, ya más relajada.

—Ya... pero es que, a veces, me lo ponéis difícil las dos. Tener que hablar contigo de Ruth y de ti con ella se me hace cuesta arriba.

Laura soltó una carcajada espontánea.

—Si te vieras la cara que has puesto al decir eso... —Seguía riendo, y Sergio la acompañó.

—Sí, tú riéte...

—Ya sé que es difícil para ti, Sergio, y a veces me pregunto si no fue mi culpa que ella y tú os separarais tanto.

—No digas bobadas, eso sí que no...

—Bueno, en todo caso, me alegro, de veras... —Laura era sincera.

—Sé que es absurdo preguntártelo, pero lo haré. ¿Por qué no vienes con nosotros? —Y, acto seguido, se cubrió la cabeza con las manos en un gesto de protección.

—Ja, ja, ja, ja... Anda, no hagas el tonto y no digas tonterías.

—Lo digo en serio.

—Vale, pero ya sabes cuál es la respuesta. —Laura volvió a levantarse, empezaba a ponerse nerviosa con aquella conversación.

—Muy bien, entendido. —Sergio sabía cuándo debía callar y cambió de tercio. Tendría que acabar por contarle a Laura lo del embarazo de Ruth, pero prefirió aplazar el momento.

OOOOOO

Nunca pensó que le resultaría tan difícil hablar con Alba de lo que ocurrió entre sus dos amigas. Era la chica la que constantemente se refería a ello y no sabía cómo seguir eludiéndolo sin tener que mentirle; en cierta forma, sentía que traicionaba a Laura y a Ruth contando su historia, y se preguntaba cómo reaccionaría su hija después de saber lo ocurrido entre esas dos mujeres.

Desayunaban en una cafetería del mismo barrio de Chueca, no habían querido hacer ruido en casa de Laura porque aún dormía. Los sábados abría la librería algo más tarde, así que salieron silenciosos y se metieron en la primera cafetería que encontraron. A Alba le encantaba desayunar, disfrutaba de esa comida como si no fuera a probar bocado durante el resto del día; pidió un sándwich, tortitas de chocolate, zumo de naranja y café con leche. Sergio

sonreía viendo su cara de felicidad por estar haciendo algo que la mayoría de las personas acometen de forma rutinaria. Para ella, aquel era un acto casi sagrado.

Alba abordó el tema, parecía estar leyéndole el pensamiento.

—¿Y qué se cuenta Ruth? —soltó, con la boca medio llena y con los ojos muy abiertos.

—Pues... está embarazada. —Sergio dio un sorbo a su café, él apenas comía nada en el desayuno.

—Anda, pues mira qué bien. —Alba se quedó pensativa—. No me la imagino con un barrigón.

—Yo tampoco, la verdad —Sergio soltó una carcajada—, pero aún no tiene ese barrigón, está de poco tiempo.

—Ah... De todas formas, estará guapa. Lo que quería decir es que no me la imagino con hijos y una familia y todo eso, ya sabes. —Se llevó un trozo de torta a la boca.

—¿Y por qué no te la imaginas así, hija?

—Pues porque no le va esa vida, le va más la que siempre ha llevado, ya sabes, viajar, conocer a mucha gente... Mujer independiente y sin pareja estable.

—¿Y quién te dice a ti que no tenga pareja estable? —Sergio se estaba divirtiendo con aquella conversación y con la forma que su hija tenía de llevarla a su terreno.

—Pues porque no me la imagino, papá. Igual lleva muchos años con su hombre perfecto, pero, como ni Laura ni tú me habláis hace años de ella, pues yo sigo con la imagen que me quedó de Ruth.

—Tampoco tú has preguntado mucho por ella. ¿La echaste de menos cuando dejó de venir por casa? —Se quedó pensativo.

—Yo te preguntaba por ella y me decías que viajaba mucho más, que le habían dado un cargo más importante y que por eso ya no venía tanto como Laura... aunque la verdad es que dejó de venir por casa, no volvió a aparecer.

—Alba enfatizó estas últimas palabras, estaba llevando el tema hacia el punto exacto que había pretendido desde que comenzara aquella conversación, y Sergio se daba buena cuenta de ello.

—Pareces un poco resentida con Ruth, hija...

—¿Yoooo? Qué va... —Apartó el plato que tenía delante y cogió la taza de café—. En todo caso, tendríais que estarlo tú o Laura... Yo la eché mucho de menos, pero os tenía a vosotros. Durante un tiempo, noté a Laura muy triste, y

a ti preocupado por ella, y sabía que era por Ruth. ¿Fue por un chico? — Escuchó que le preguntaba su hija.

—¿Cómo? —Aún seguía algo aturdido por los recuerdos que su hija le devolvía a la memoria.

—¿Se pelearon Ruth y Laura por un chico? Porque, si es así, no lo merece. Una amistad debería ser más fuerte que eso.

—Hubo un chico, que, por cierto, yo había olvidado, pero no fue la causa. —Sergio se calló de repente, parecía estar intentando colocar en su sitio piezas perdidas del puzle de la memoria, pero continuó—. Bueno, sí que fue parte del problema; digamos que aquel chico fue el principio del fin de su amistad.

—Es que es lo peor, que dos amigas se enamoren del mismo tío... Qué mal rollooooo.

—Alba... —Sergio se inclinó hacia delante, apoyando los codos en la mesa y mirando a su hija de una forma muy extraña, como si estuviera a punto de revelar algo que hubiera deseado no tener que contarle nunca—. Laura no estaba enamorada de ese hombre; de hecho, jamás lo conoció. Fue Ruth la que tuvo una relación con él.

—Entonces, ¿cuál era el problema? —Alba sabía que podía haberse ahorrado aquella pregunta, porque, de alguna manera, en el mismo momento de formularla ya intuía la respuesta, así que, antes de que su padre contestara, ella ya pudo imaginar lo que estaba a punto de decir.

—El problema, Alba... era que Laura amaba a Ruth.

OOOOOO

Después de aquella frase, la conversación parecía haber terminado. Alba se quedó muy pensativa y, aunque Sergio intentó continuar explicándole lo que ocurrió entre Laura y Ruth, pronto desistió, al ver que su hija no reaccionaba con el mínimo interés. Comenzaba a arrepentirse de habérselo contado. Para la chica, Laura era como una segunda madre y quizás saber aquello había supuesto un ligero *shock*. Tendría que haber encontrado otra forma de contárselo, no haber sido tan brusco, pero le vencieron sus ganas de soltarlo de una vez, ante la insistencia de la chica.

Habían paseado el resto de la mañana, entraron en varias tiendas, Sergio se compró algo de ropa; le gustaba que su hija lo ayudara a decidir el color de pantalón o la corbata. Él para combinar colores era un desastre. Quiso

regalarle varias cosas, pero, ahora que tenía su propio sueldo, prefería comprárselas por sí misma, y no hubo forma de convencerla de lo contrario. Estaba muy metida en su papel de hija independizada de casa.

Iba llegando la hora de ir a comer a casa de Ruth, y Sergio, en cierta forma, temía la reacción de su hija ante su amiga, después de lo que le había contado; pero, conforme se acercaba el momento de reencontrarse, más animada parecía la chica, así que pensó que no debía volver a sacar el tema por el momento. Aunque le intrigaba sobremanera la forma en que Alba había reaccionado al saber lo que pasó entre sus dos amigas, lo achacó a la sorpresa ante algo inesperado y no quiso darle más importancia en ese momento. Ya le preguntaría más tarde lo que pensaba sobre aquello.

Ruth continuaba viviendo en aquel pequeño apartamento que se compró cuando llegó a Madrid, cosa que Sergio no comprendía, porque su amiga se podía permitir un piso de muchos metros cuadrados y hasta un chalet en las afueras si le venía en gana. Pero ahí seguía, en el mismo piso, situado, eso sí, en una preciosa zona muy cerca del centro. Ciertamente era que, si pasaba más tiempo fuera de Madrid, no tenía mucho sentido tener un enorme piso en el que apenas se quedaba unos días, tras semanas de andar entre distintas ciudades y países.

Los recibió, literalmente, con los brazos abiertos. Parecía eufórica, y quizá algo nerviosa, sobre todo con Alba. Le hacía preguntas sin parar; la chica aún no había terminado de contestar una cuando ya le había lanzado la siguiente y, a la vez, les enseñaba el piso. Sergio solo había estado allí en una ocasión hacía ya demasiados años, cuando apenas había colocado los muebles imprescindibles para poder habitarlo, pero se notaba que lo había restaurado por completo, hasta el parqué era nuevo. Era un pisito muy acogedor y algo más grande de lo que recordaba, perfectamente limpio y ordenado, no sabía si en honor a la visita o porque, con los años, Ruth se había hecho aún más perfeccionista para el orden. De la limpieza siempre lo había sido, pero del orden nunca lo fue... eso, aparentemente, había cambiado.

Al principio, Alba estaba algo cohibida delante de aquella mujer; no dejaba de mirarla y se limitaba a contestar a sus preguntas. Sergio y Ruth no paraban de hablar de cosas intrascendentes, «qué acogedor tienes el piso», «aquel cuadro lo traje de París», «tengo el DVD del último concierto que dio The Cranberries», alguna anécdota de un viaje a Holanda, «chica, qué bien te conservas», «a los tíos los años os sientan aún mejor»... Su padre y Ruth saltaban de un tema a otro de una forma un tanto vertiginosa, parecían no

querer detenerse en ninguno en concreto. Si se producía un segundo de silencio, alguno de los dos hacía un nuevo comentario o una pregunta al otro, así que Alba se pasó la mayor parte de la comida como si de un partido de tenis se tratara, pero sin entender qué demonios hacían dos amigos que no se veían desde hacía años hablando de nimiedades como aquellas. De vez en cuando, desviaban la mirada hacia a ella, tratando de hacerla partícipe de aquel tú a tú, pero, como a ella aquello le resultaba un tremendo rollo, se encogía de hombros o asentía para que la dejaran en paz, así que se dedicó a observar a Ruth.

Seguía teniendo aquel enorme atractivo. Alba la recordaba algo más desenfadada a la hora de vestir o de maquillarse, apenas lo hacía; en cambio, ahora llevaba un traje de chaqueta pantalón impecable, algo excesivo para cenar en su propia casa y con amigos. Su pelo negro y lacio caía un poco por debajo de sus hombros, algo más largo, pero con un corte muy parecido al que llevara años atrás. Alta y delgada, no se le notaba aún el embarazo y, viéndola ahí frente a ella, seguía sin poder imaginarla embarazada. Se la veía tan fuerte, tan segura de sí misma, tan culta y cosmopolita, tan sumamente independiente... En cierta forma, le gustaría ser como ella. ¿Y a qué mujer no, viéndola y escuchándola? No le extrañaba que hubiera tenido a tantas personas detrás de ella, era una mujer que enamoraba de un simple vistazo, y no solo por su físico. Tenía un gran encanto en sus gestos, llenos de dulzura, aunque también bruscos y sinceros en ocasiones. Trató de imaginarla enamorada de alguien, y tampoco pudo. O su capacidad de imaginar se estaba yendo al traste, o bien le era imposible ver otra cosa distinta a la real ante aquella mujer.

La comida terminó y se sentaron en el sofá para tomar un café. Sergio le comentaba a Ruth que se había convertido en una excelente cocinera, puesto que el cordero que habían comido estaba riquísimo, y le hacía bromas, ya que su amiga no sabía apenas cocinar hacía años.

—Si es que todo lo que te propones lo acabas haciendo a la perfección. No sé cómo te apañas —le decía Sergio.

—Pues con algo de interés —contestó Ruth, que volvía de la cocina con el café—. Ya se sabe, cuando algo interesa...

—Eso le digo yo a Alba, que hará todo cuanto se proponga y, cuando algo le interese de veras, se pondrá a ello y no parará, ¿verdad, hija?

—Bueno... Ahora mismo, lo único que se parece a eso de lo que habláis es escribir, pero ya se verá con el tiempo —comentó Alba sin mucho convencimiento.

—¿Y qué escribes, Alba? —Ruth se sentó en un sillón frente a ella.

—Estoy dándole vueltas a cierta historia, pero aún tengo muchas incógnitas...

Ruth se quedó algo pensativa durante un instante, la miraba como cuando te quedas absorta con la vista fija en cualquier dirección, pero sin ver realmente lo que tienes en el punto de mira. Alba se removió en su asiento, algo incómoda, y ese gesto hizo reaccionar de nuevo a aquella mujer ante la que aún no sabía muy bien cómo comportarse; se sentía algo cohibida en su presencia, no sabía si porque intuía que se había convertido en una desconocida para ella después de tantos años o por lo que hacía solo unas horas su padre le había contado sobre ella y Laura. En cierta forma, estaba sorprendida, no por la historia en sí, sino ante su propia reacción al conocerla; no estaba contenta ni triste, solo sorprendida por no haber intuido lo sucedido entre aquellas mujeres, tan metida en un sinfín de posibilidades y divagaciones de lo que pudo llevarlas a romper su amistad y sin ver la única alternativa válida y real.

Sergio se levantó para ir al aseo, sacando a Ruth de aquel ensimismamiento. Sonrió a Alba; en realidad, casi siempre lo hacía.

—¿Qué tal estás con Laura? ¿Te gusta vivir en Madrid?

—Con Laura muy bien, es un encanto, ya sabes... —Buscó la mirada de Ruth, pero esta no parecía haberse inmutado, así que continuó—. Es como compartir piso con una amiga. Bueno, es que, en realidad, es eso: una amiga mayor que yo. Y, a la vez, me siento muy arropada y querida. Y Madrid cada día me gusta más, me siento muy libre en esta ciudad, al menos, de momento.

—Sí, aunque también puede llegar a ser tremendamente agobiante... —comentó Ruth y, con una mueca divertida, apostilló—. Me refiero a Madrid.

Ambas soltaron una carcajada.

—Ya me imaginaba que no te referías a Laura —continuó Alba con la broma.

—Aunque, bien mirado, ahora que lo pienso...

—¿Ahora que piensas qué? —Sergio volvió a entrar en el salón y, al verlas tan divertidas, quiso saber de qué se trataba.

—Pues pensaba qué puede llegar a ser más agobiante, si Madrid o Laura —le contestó Ruth

—Así que habláis de Laura... —Sergio miró de reojo a su hija, algo sorprendido.

—Y de Madrid... —continuó su amiga.

—Vaya dos temas apasionantes...

—Ya ves. Hablando de temas apasionantes, decidme nombres de niño y de niña. Desde que sé que estoy embarazada, no hago más que pensar en el nombre que le pondré al bebé, pero no se me ocurren nada más que nombres que no acaban de convencerme... —Ruth quiso cambiar de tema de forma clara y tajante, así que Sergio comenzó a decirle nombres y, como todos los que iba diciendo eran de chico, Alba contraatacó con nombres de chica. Ruth asistía a aquella batalla verbal riendo divertida; casi todos eran nombres que ya había pensado, y otros que jamás se le ocurrirían por sonar horrorosos. Cuando ya parecían haberse agotado las posibilidades, Sergio comentó medio en broma:

—Pues podrías llamarlo como yo si fuera niño.

—O Laura, si fuera niña —soltó Alba, muy consciente de lo que acababa de decir, pero sin esperar lo que iba a suceder a continuación. Ruth dejó de sonreír y miró a Sergio algo perpleja. Al ver que el rostro de su amigo también reflejaba esa sorpresa, se volvió hacia Alba, y ambas se sostuvieron la mirada durante unos segundos que parecieron eternos. Era como si Ruth le preguntara en silencio si conocía aquella historia y como si Alba le contestara sin hablar. Sergio, a su vez, las observaba a ambas y no sabía qué decir, pero Ruth acabó pronto con aquella conversación sin palabras, se levantó y volvió a sonreír.

—Pues no estaría mal que mi bebé se llamara como alguno de los que han sido mis mejores amigos. Me lo pensaré... ¿Más café? —Y, sin esperar respuesta, salió del salón hacia la cocina. Sergio suspiró aliviado e hizo un gesto a Alba como diciéndole «te has pasado». La chica se encogió de hombros; a fin de cuentas, sería bonito que Ruth llamara Laura a su hija. Era bonito el nombre y lo sería tener ese detalle o ese gesto para alguien a quien amó, si es que la amó. Porque Alba solo sabía que Laura estuvo enamorada de Ruth; sobre lo que esta había sentido, nadie le contó nada, pero intuía que entre ellas hubo más que un amor platónico. Quería conocer aquella historia más que nunca, ahora que tenía frente a ella a una de las protagonistas, ahora que se había reencontrado con ella después de años sin verla y, sobre todo, ahora que la veía entrar de nuevo al salón con esa aparente seguridad en cada uno de sus gestos, como si fuera inimaginable que alguien hubiera podido hacerle daño alguna vez por amor.

—¿Cuándo me vas a presentar a Luis? —le preguntó Sergio—. Aún no conozco al futuro padre de la criatura.

—Pues la próxima vez que vengas a Madrid, si quieres, quedamos. Hoy he querido comer a solas con vosotros, hacía tanto tiempo que nos os veía... —Y, dicho esto, se sentó junto a Alba y le dio un abrazo, que a la chica pilló por sorpresa. Así era Ruth, impredecible e impulsiva, y muy cariñosa.

—¿Os vais a casar? —continuó Sergio—. ¿O pretendes seguir sin sentar la cabeza toda tu vida?

—Pues me lo ha pedido y me lo estoy pensando... ¿Tú qué harías, Alba? —Volvió la cabeza hacia la chica, con lo que sus ojos se encontraron más cerca que nunca o, al menos que Alba recordara, porque, cuando era una niña, Ruth la cogía continuamente en brazos y jugaba con ella a darle besos de mariposa.

—¿Estás enamorada de él? —soltó la chica.

—Lo quiero mucho, sí... —Ruth parecía sorprendida por aquella pregunta, como si hubiera preguntado algo fuera de lugar. Alba tenía algo que la desconcertaba, una facilidad para ir directamente al grano impresionante.

—Vale, yo también quiero mucho a mi padre. Te preguntaba si estás enamorada, no si lo quieres...

—Pues... —Sonreía algo nerviosa. ¿Qué podía decir? Y no quería mentirle—. No sé...

—Pues, si no lo sabes, es que no estás enamorada —sentenció Alba.

Sergio soltó una carcajada.

—¿Y tú cómo lo sabes, hija? ¿Me he perdido yo algo y ha estado mi chica enamorada locamente?

—No hace falta haber amado para tener la certeza de que, cuando alguien ama, no duda de si está enamorado o no.

—Bueno... eso es muy relativo —continuó Ruth— porque puedes haber amado a alguien con todo tu corazón y, con el tiempo, dudar de si lo sigues amando o no.

—Pero eso puede ser por determinadas circunstancias, la duda te puede llevar a fortalecer aún más ese amor o a dejarlo morir del todo.

—Alba —intervino su padre—, las cosas no son blancas o negras...

—Pues ya me dirás lo que hay entre estar enamorado o no estarlo: cariño, dependencia, miedo a quedarte solo, amistad... —La chica parecía estar sentando cátedra. Lo cierto era que se estaba sorprendiendo a sí misma, creía en lo que estaba diciendo, pero quizás su forma de exponerlo comenzaba a resultar algo brusca y agresiva. Parecía querer imponer su opinión a los otros, sobre todo a Ruth; deseaba rabiosamente seguir manteniendo aquella batalla

dialéctica con ella, hacer que aquella aparente seguridad se resquebrajara aunque solo fuera durante unos segundos, para poder ver más allá de la máscara que Ruth lucía para ella.

—Alba, quizá cuando ames a alguien, descubras que no es tan fácil. —Ruth comenzaba a cansarse de aquella conversación.

—Yo nunca he dicho que fuera fácil amar, lo fácil es saber si estás enamorado o no. ¿Has estado enamorada muchas veces, Ruth?

—Pero, hija... que estás sometiendo a Ruth a un tercer grado, por Dios. — Sergio intentaba cortar aquella conversación. Por alguna razón, sabía que lo mejor sería cambiar de tema cuanto antes, quizá porque su amiga comenzaba a parecer algo abatida y porque notaba que a su hija le había dado la vena guerrera, esa que usaba cuando intentaba entender lo que le resultaba incomprensible y que consistía en dialogar con su contrincante hasta dejarlo extenuado y rendido. Con él lo había conseguido en más de una ocasión, pero lo que Alba no parecía entender era que la mayoría de las veces se cedía por cansancio, no porque realmente ella impusiera su razón. Llevaba las conversaciones hasta tal punto que uno ya ni recordaba cómo había comenzado la discusión, ni lo que trataba de defender entre esa maraña de palabras.

Ruth sonrió. Miraba a Sergio con cierta complicidad, como se miran aquellos que se conocen desde hace tantos años que ya han perdido hasta la cuenta de cuántos son. Era cierto que llevaban años sin verse, pero eso no cambiaba el hecho de que se conocían desde hacía muchos más.

—Mira, Alba, estaré encantada de contarte las veces que he estado enamorada o lo que tú quieras, pero dejémoslo para otro día o no tendría ninguna gracia que lo supieras todo hoy. Hay que mantener cierto suspense, como en las novelas. Además, me encantaría que volviéramos a vernos y, ahora que vives en Madrid, no hay excusa. ¿Qué te parece?

—Me parece bien. Yo tenía muchas ganas de verte, se lo comenté a mi padre. —Alba comprendió que era momento de contener sus deseos de saber hasta una próxima ocasión; así, podría pensar y digerir todo lo ocurrido aquel día con tranquilidad. Se pasaron los respectivos números de sus móviles.

—Por el embarazo me voy a tener que tomar una baja obligatoria dentro de poco tiempo, porque, con la edad que tengo, es recomendable guardar cierto reposo y, en mi trabajo, eso es imposible, así que tendremos todo el tiempo del mundo para conocernos mejor. —Ruth se acariciaba con una mano el vientre, parecía feliz y en cierta forma vulnerable. En esos momentos, Alba sintió deseos de abrazarla. Había dejado caer la máscara por sí misma,

permitiendo ver algo de la verdadera Ruth, un instante de su esencia y, para la chica, eso fue más que suficiente, suficiente para comprender que no se deben forzar las cosas, y que estas suceden en el momento que han de ocurrir.

## Capítulo 6: Empezando a tejer

Aquel día había sido agotador en la librería; por suerte, las cosas iban bien, a pesar de que corrían tiempos duros para el libro en papel. Aun así, trataba de dar vida a aquel establecimiento con diversas actividades, pero la que más le apasionaba era el día dedicado al cuentacuentos. Disfrutaba escuchando aquellas historias en boca de jóvenes actores o escritores noveles de literatura infantil y juvenil; verlos transformarse ante los distintos grupos de niños que se agolpaban a su alrededor, mostrando en sus diminutas caritas todas y cada una de las emociones que iban sintiendo. Se les veía tan ensimismados con lo que oían que la hacían sentir orgullosa de poder ofrecerles aquello.

En ocasiones, invitaba a ancianos, porque había observado la especial conexión que se producía entre los niños y ellos. Le parecían los mejores contadores de cuentos, tenían algo que iba mucho más allá de cualquier narrador, como si, de su boca, aquellas historias cobraran mucha más credibilidad al verlos con tantos años a sus espaldas y tan capaces de haber vivido o haber sido testigos de esas y otras muchas historias.

Subió a su casa algo cansada pero satisfecha por el trabajo bien hecho, pensando en cómo sería ella misma de anciana. ¿Contaría cuentos en alguna librería para los niños o narraría historias para los compañeros de la residencia donde podría ir a parar? No podía ni imaginarlo; de todas formas, ella nunca había sido buena narradora, prefería la palabra escrita o directa, sin demasiados artilugios, ni énfasis, ni espacios prolongados para dar cierto suspense a lo contado. Por eso le maravillaba tanto la capacidad de esas personas para transmitir con sus palabras diversas sensaciones.

Decidió coger una manta del altillo del armario. Hacía frío esa noche, ideal para sentarse en el sofá calentita con un vaso de leche, avena y frutos rojos, demasiado cansada para prepararse nada más; se pondría la tele, de fondo, mientras miraba el correo en el portátil y... a dormir. Pero la manta parecía no querer ceder a sus tirones, así que se subió a una escalera baja para cogerla con facilidad. Cuando la tenía entre las manos, vio aquella caja que ni recordaba tener allí. Enseguida vino a su mente lo que contenía: sus cartas y algunos diarios. Iba a dejarla donde se encontraba, pero no podía apartar la mirada de aquella especie de baúl de cartón.

—Esta noche tienes cita con los recuerdos, Laura —se dijo, mientras la colocaba sobre la manta para llevársela al sofá. Suspiró profundamente antes de abrirla; era una espectadora ante su propia vida, como si no supiera ya lo que había sucedido, qué intrigas y misterios podría haber tras el cartón que no conociera...

*«Las nubes alargaban sus enormes brazos blancos, envolviendo las laderas de las montañas. Apenas se percibía su movimiento, avanzando y cubriendo rocas y nieve; a simple vista, todo era quietud, calma, paz. Tú apartaste la vista de aquella hermosa imagen y me dijiste: ‘¿Ves? Así es como me siento ahora’.*

*Sí, no podías haberlo descrito mejor que con aquel hermoso paisaje. Saqué la cámara y plasmé el momento. Esas fotografías deben de estar guardadas en algún cajón, pero no sé lo que me ocurre últimamente, no dejo de recordar aquella imagen y la sensación que la acompañó. Estábamos en la estación de esquí de Sierra Nevada, por eso podíamos estar por encima de las nubes y ver cómo acariciaban las montañas, tan altas y gélidas, tan aparentemente solitarias, y sentir calor en nuestro interior y, al mirarnos, sabernos la una de la otra, con esa sensación de no volver a sentirse sola nunca más, porque has encontrado a esa persona que te acompañará el resto de tus días, a tu lado y muy dentro de ti.*

*No sabes cómo desearía volver a sentirme de aquella manera. Si me pidieran que describiera la felicidad, lo haría recordando aquel momento y aquellos días que pasamos en Granada.*

*Tus manos avanzando por mi cuerpo con cierta torpeza la primera noche; estabas casi tan asustada como yo, o quizá más. Hablamos durante toda la noche y vimos llegar el día. Mi descaro al meterme contigo en la ducha al día siguiente; tú estabas algo asombrada, se suponía que yo era la tímida. Nos pasábamos prácticamente el día encerradas en la habitación del hotel, salíamos por la tarde muertas de hambre y pensando que estaríamos llamando demasiado la atención. El recepcionista nos miraba raro cuando nos veía aparecer. Pero no nos importaba, nadie nos conocía y nos sentíamos libres para amar. A quién le podía importar lo que hiciéramos, solo a nosotras. De puertas afuera, las miradas, las palabras, el roce momentáneo de nuestras manos.*

*Tu mano se enlazaba con la mía y no se separaban, en los trayectos en coche o bajo la mesa de algún bar. Eso bastaba para sentirnos,*

*necesitábamos estar pegadas la una a la otra, dormir en una cama de noventa centímetros, aunque hubiera una cama para cada una; ducharnos juntas; mirarnos mientras una se vestía y la otra se pintaba. Era necesidad física y del alma, estábamos enamoradas y viviendo los primeros momentos de aquel amor. No se podía pedir más de lo que ya teníamos, porque no había más, lo abarcábamos todo estando juntas.*

*Qué pena no poder revivir instantes de nuestras vidas, recrearlos tal y como sucedieron, exactos sentimientos, palabras, lugares, personas... aunque, bien pensado, podría ser un arma de doble filo, porque no desearía volver a vivir el día que me llamaste para dejarme o cualquiera de los días en los que comenzamos a distanciarnos. No me gustaría por nada del mundo volver a sentir aquel dolor y aquel deseo de llorar a todas horas, la angustia al saber que habías rehecho tu vida o que lo intentabas con otras personas.*

*Han pasado muchos años desde aquellos días; desde los primeros, donde empezó el amor, y los últimos, donde se resquebrajó hasta hacerse añicos. No sentimos aquella necesidad, apenas sabemos de qué hablar cuando nos vemos de tarde en tarde, nuestras manos no se rozan ni por casualidad, pero seguiremos teniendo en nuestra memoria aquellos días en Granada. Sé que tú tampoco habrás podido olvidarlos, cómo apartar de tu mente la imagen de aquellas nubes que reflejaban cómo te sentías... Captamos aquel momento con la cámara, y esa fotografía también estará guardada en algún cajón de tu casa, como en la mía. Algún día la encontrarás, sin buscarla, como yo, y hasta es posible que se nos escapen algunas lágrimas».*

Una carta que escribió hacía mucho tiempo y que nunca envió a destino. ¿Por qué había tenido que aparecer aquel folio el primero entre todos los que contenía la caja?

OOOOOO

Tomó aquel último vuelo a París. El avión se alzaba hasta quedar sobre las nubes; iba a dejar el trabajo durante el resto de su embarazo y probablemente hasta que el bebé tuviera unos meses. Después, ya pensaría qué hacer.

La nostalgia, lejos de desaparecer con su embarazo, estaba creciendo dentro de sí a un ritmo mucho más acelerado que su propio feto, pero ahora las cosas parecían tener un nuevo sentido. Se entregaría en cuerpo y alma, aquel

sería su gran compromiso; el único capaz de hacerla parar y sentir que comenzaba de nuevo. Estaba dispuesta a cambiar de vida, haría desaparecer ese anhelo o, al menos, eso esperaba.

Por eso, cuando comenzó a sentir aquellos calambres en su vientre, intentó obviarlos. Sabía lo que podían significar y quiso mentalizarse de que aquello no iba a ocurrir, de que no estaba sucediendo ya; trató de distraer su mente, respirar profundamente, pero aquel dolor se hacía insoportable.

En veinte minutos, llegaría al aeropuerto de París. Un hombre mayor que iba sentado en las primeras butacas no dejaba de mirarla preocupado; por fin, se decidió a preguntarle si se encontraba bien. Era francés, pero Ruth, que entendía y hablaba bastante bien aquel idioma, le dijo que solo se sentía algo mareada. Lo cierto era que los calambres apenas la dejaban mantenerse serena; en su rostro se reflejaba el sufrimiento a la perfección.

Decidió ir al aseo antes de que se anunciara que debían permanecer sentados en sus asientos, pero, al levantarse, un nuevo calambre mucho más amenazador que los anteriores le atravesó el vientre e hizo que se encogiera sobre sí misma. Sintió que sus ojos se humedecían y cómo las lágrimas corrían por sus mejillas, casi al mismo tiempo que un líquido caliente y algo más espeso resbalaba por su entrepierna, empapando sus muslos. Con un gran esfuerzo, se dirigió al aseo, advirtiéndolo, antes de entrar y cerrar con el pestillo, cómo aquel señor francés se acercaba a su compañera y hablaba con ella señalando en su dirección.

Se miró en el espejo. Efectivamente, lloraba. Sus lágrimas caían sin ningún esfuerzo; palpó uno de sus muslos y pudo ver la sangre en su mano. Finalmente, un nuevo calambre la arrodilló sobre el suelo y nubló su vista, haciendo que perdiera el conocimiento.

Se despertó en la habitación de un hospital, todo blanco y perfectamente desinfectado. Su primera reacción fue llevarse las manos al vientre, y de ahí a la entrepierna. Ya no había sangre. Miró a su alrededor y vio que no estaba sola. Una jovencita tumbada en otra cama la observaba, curiosa. Al verla tan desorientada, le contó lo que había oído a las enfermeras.

En el avión, una de sus compañeras había aporreado la puerta del aseo y, al ver que no salía ni contestaba, tuvieron que abrir con su propia llave, encontrándola tumbada en el suelo. Una ambulancia la esperaba en el aeropuerto.

Ruth no quiso saber más, se volvió de espaldas a aquella chica y cerró los ojos.

Su bebé ya no estaba dentro de su vientre, nada más le importaba. Solo deseaba salir de aquel hospital y volver a casa.

Un nombre se repetía en su mente... Laura. Se sentía como una niña desamparada, perdida y sin rumbo que buscaba la paz y la tranquilidad hallada y perdida. Sabía en quién se encontraba aquella paz y era lo único que necesitaba.

OOOOOO

Alba miraba fijamente la pantalla de su ordenador. Aquello le había dado resultado en otras ocasiones a la hora de ordenar sus ideas y empezar a escribir, pero su principal problema no radicaba en el blanco inmaculado del nuevo documento que acababa de abrir, un blanco hiriente que le recordaba a cada segundo que pasaba que quizás no tenía nada que contar o, lo que era peor, que no sabía cómo contar lo que le rondaba por la cabeza. No encontraba la forma; escribía y reescribía, para acabar pulsando la tecla que todo lo deshace de nuevo, porque nada le parecía válido. Si no hallaba el camino o la manera de contarlo, quedaría dentro de ella.

¿Qué le impedía avanzar? Algo la bloqueaba cuando llegaba a un punto de cualquier narración. Se cansaba, la aburría y lo dejaba, o esa era la excusa que ella se daba. Si algo no la hacía continuar, entonces es que no merecía la pena, no era lo suficientemente bueno o terminaba perdiendo su interés.

Basar su novela en una historia verídica y tan cercana a ella estaba haciendo tambalear sus cimientos, sus pocos puntos de apoyo a la hora de enfrentarse a una narración condicionada por conocer a las personas que trataba de plasmar en páginas y páginas. Recomponer letra a letra a esas dos mujeres y transformarlas en personajes, dar un sentido a aquellas vidas que se entrecruzaban una y otra vez a lo largo de los años.

Quería conocer a esas personas a las que admiraba y ya no le daba miedo lo que pudiera descubrir; lo único que la frenaba era su respeto hacia ellas. Sabía que revivir lo que le contaban podía ser doloroso, y forzar ciertas situaciones resultaba desastroso. Los hilos se entretejían, y su imaginación se encargaba de rellenar los huecos; puede que nunca consiguiera acabar su novela, plasmarla en papel, pero al menos intentaba construirla en su mente para dejarla allí y que formara parte de su vida.

Laura la desconcertaba. Hacía unos días que apenas le contaba nada; Alba lo hacía coincidir con el viaje de su padre a Madrid.

Recordaba su encuentro con Ruth y su mirada llena de brillo que te cautivaba; esas ganas de vivir y hacer un millón de cosas eran lo que se percibía al estar con ella. En cambio, Laura estaba encerrada en sí misma y casi nunca parecía atender cuando le hablabas. Alba se limitaba a estar y a no molestarla; sabía que, antes o después, Laura saldría de aquel encierro y se lo contaría, con esa ironía que la caracterizaba y que a ella tanto le gustaba.

Querer contar la historia de aquellas dos mujeres o, más bien, desear conocerla para poder decidir si contarla o no comenzaba a obsesionar a la chica. Tenía cierta sensación de fisgona cuando se acercaba a ellas intentado saber más, o preguntándole a su padre sobre sus amigas. Si no querían abrirle su corazón, qué pintaba ella intentando coser con un fino hilo todos aquellos retales desperdigados y arrinconados en la memoria durante años. Nunca le había gustado coser; introducir el hilo en el ojal ya le resultaba complicado, para después unir dos trozos de tela rota, desgarrada por el desgaste, por el uso a lo largo del tiempo o por algún imprevisto que hizo que se rompiera. Acababa abandonándola en un rincón de su armario, reapareciendo de vez en cuando, al buscar otras prendas, recordándole aquella rotura, mal zurcida.

Todos estamos rotos, llenos de zurcidos y remiendos. Nos pasamos la vida recomponiéndonos a nosotros mismos, tratando de sanar las heridas que no cicatrizaron bien en su momento.

Alba comenzaba a imaginar enormes cicatrices dentro de aquellas dos mujeres a las que tanto quería. Incluso, una noche, soñó que su padre intentaba sonreírle, pero su boca estaba cosida en forma de cremallera; el resto de su cara, la expresión de sus ojos, eran de serenidad, pero la línea de su boca se deformaba y estiraba dando un resultado grotesco al conjunto de su rostro. No solía dar demasiada importancia a los sueños, por no decir ninguna, pero ese no pudo o no quiso olvidarlo. Aquella imagen le decía que su padre tenía algo que contarle, o que quizá sabía más de lo que contaba o fuera importante para el desarrollo de su historia, de su novela. O puede que, en el futuro de sus dos amigas, él jugara un papel decisivo.

Sergio era el testigo principal de los encuentros y desencuentros de las tres mujeres más importantes de su vida. Ruth, Laura y María. Y de cómo era posible seguir amando a quien se mantiene lejos o simplemente ya no está.

Puede que Laura no quisiera reconocer lo que aún sentía, por mucho que se desviviera en creer que había superado aquel sentimiento. Todo en su vida indicaba lo contrario.

Quizá para Ruth, que trató de rehacer su vida tantas veces, los rostros se

sucedían, pero uno permanecía.

Y Sergio, que aún hoy se negaba a curarse de aquel amor por alguien que ya no estaba y no iba a volver.

Tres maneras diferentes de expresar que amas a quien ya no está.

## Capítulo 7: La bailarina acróbata

Encendió un cigarrillo, sabía que tenía que dejarlo; apestaba su ropa, su piel, su pelo, no tenía apenas sentido del gusto y se preguntaba si no le había arrugado también el corazón.

María dejó de fumar justo antes de morir en un accidente de tráfico. Se despistó, o se durmió, e invadió el carril contrario en una carretera nacional, a las once y media de la noche. Impactó con otro vehículo, que conducía un hombre cincuentón. Murieron los dos. No se marchó sola; involuntariamente, se llevó por delante la vida y los sueños de aquel hombre y su familia. Unidos en ese instante final, en el último aliento.

Demasiado drama. No quería recordar aquellos momentos devastadores. Esos sucesos que te cambian por fuerza y te hacen vivir a trompicones durante años. Al menos, así les había ocurrido a su hija y a él mismo.

¿Por qué no podía volver a enamorarse? Sentía anhelo por alguien que lo acompañara, y aún más desde que Alba se había ido a vivir con Laura. Tenía que perder ese miedo atroz a volver a amar alguien y que la vida, de nuevo, se la arrebatara. Ese miedo tan humano, tan de andar por casa cada día, metiéndose contigo en la cama y, a veces, dándote los buenos días. Quería volver a sentirse valiente para vivir según los dictados de su corazón, agarrar al miedo y subirlo a sus hombros y avanzar, saltando, esquivando, llorando o implorando, o, mejor aún, aceptando que en nuestras vidas hay sucesos a los que no podemos encontrarles explicación ni culpar al cielo ni a la tierra ni al que se fue ni al que quedó.

Volvía a Córdoba, esa ciudad que lo maravillaba de igual forma paseando junto a la Mezquita que dentro de un patio de casa del barrio judío lleno de macetas y flores de colores. No imaginaba vivir en otro lugar y, cada vez que viajaba, más placer le daba volver a su casa, a su hogar entre ruinas de tan distintas culturas que supieron convivir y entenderse.

Sus amigas habían querido marcharse de allí, ir a vivir a Madrid, y no sentían nostalgia de su tierra; Ruth incluso se había recorrido medio mundo por trabajo. «Tu hogar va contigo», decía.

Cómo se alegraba de que hubiera vuelto a su vida, porque Laura nunca se alejó, pero ella... y, justo ahora, le hablaba de volver, de echar de menos un

lugar, sí, pero junto a una persona. «Quiero volver a ver a Laura», le dijo, y como un espejo le devolvió la emoción reflejada en sus ojos. Había pasado unos días en Madrid con ella. La mayoría de las veces, reaccionamos cuando la vida se nos pone patas arriba o, directamente, nos da una patada en plena espinilla. O, en el caso de Ruth, un aborto en pleno vuelo.

Alba... ella le ayudaría a encontrar la forma de llevar todo aquel asunto, estaba convencido. Su hija siempre preguntaba qué había sucedido entre ellas como si un afilado cuchillo hubiera rasgado el aire, cortando de una tajada toda una vida en común. Le costó que comprendiera lo frágil que puede llegar a ser un amor o cualquier tipo de relación, que las palabras pueden herir mucho más y deshacer, en segundos, años compartidos, y que un silencio prolongado en el tiempo puede ser la mayor distancia.

Recordó esa mirada de dolor en los ojos de Ruth. Trataba de poner orden a lo que le acababa de ocurrir, pero se sentía demasiado excitado como para ver la situación con claridad. Al fin, una de las dos cedía un poco y daba un paso hacia la otra; le parecía increíble. Pero no quería entusiasmarse aún, un intento de acercamiento no significaba más que eso, hasta era posible que decidieran que lo mejor que habían hecho era vivir separadas y seguir haciéndolo.

Ahora, la vida le daba la posibilidad de vivir aquel reencuentro entre dos de las personas a las que más quería en este mundo, y se sentía feliz; intentaría llevarlo todo mucho mejor, hablar con sus dos amigas para que aquello fuera a buen puerto y poder respirar tranquilo. Sabía que el mundo le parecería mucho mejor si pudiera ver a sus dos amigas juntas de nuevo, fuera como fuese, pero unidas, sabiendo la una de la otra y apoyándose.

Igual estaba divagando demasiado y lo que le esperaba era algo muy diferente.

OOOOOO

Se sentía muy bien físicamente para volver a trabajar, pero tenía la necesidad de parar, no sabía si por un tiempo o definitivamente, pero detenerse, quedarse en tierra y en un lugar concreto por un tiempo. Disfrutar de sus amigos, de Madrid, de su espacio, que pasaran los días sin tener que estar pendiente del teléfono móvil, de los clientes, de que todo estuviese correcto y marchara adecuadamente, tumbarse en el sofá y pensar, leer, dormir, ver películas; pasear sin prisas por no llegar tarde a una cita concertada, engordar o hacer deporte, que Luis saliera de su vida, volver a entrar en la de Laura,

que la aceptara y no desear volver a marcharse de su lado, no hacerle más daño el resto de su vida. ¿Era demasiado desear?

Antes de marcharse, Sergio le había colocado un trozo de papel en la mano con una dirección y un número anotado.

—Tú te marchaste y serás tú quien tendrá que volver.

Solía tener un sueño recurrente desde aquel día en el que se cruzaron sus caminos, aunque Laura no la viera. Lo había anotado en un cuaderno, quería recordar hasta el más nimio detalle.

*«Se abren las puertas del vagón y apareces tú, apresurada, con la mirada errante; casi de un salto consigues entrar antes de que las puertas se cierren, suspiras aliviada, un segundo más y pierdes el metro. Llevas prisa, aun sabiendo que el metro no irá a más velocidad por muchas ganas que tengas de llegar a tu destino. Te sientas, apenas miras a tu alrededor, alzas la mirada hacia el cristal de la ventanilla a través de la que nada ves, solo oscuridad y estaciones que se suceden unas a otras. Has hecho ese recorrido muchas veces, ya nada te despierta ningún interés.*

*Tus pensamientos van mucho más veloces que aquel metro, se suceden unos a otros, se interponen unos con otros, tu mirada inquieta así me lo dice. Yo te observo, al principio tímidamente, porque no sé si deseo que me reconozcas; después, con la avidez de quien lleva años deseando ver a alguien y no se da cuenta hasta que lo tiene de frente. Me llena mirarte; lo sabía, pero lo había olvidado, es una sensación que me resulta tan difícil de explicar... apareces, y me siento saciada; es exactamente eso: me lleno tanto de ti que podría ser tú, me confundo contigo, me olvido de mí y solo me recuerdo; me doy cuenta de que vuelvo a mí cuando siento esa punzada en el estómago o cerca de él, ese dolor a perderme por completo y necesitar tanto de ti que no pueda regresar a mí.*

*Ahora giras la cabeza hacia el lugar donde me encuentro sentada y bajo la mirada rápidamente, temiendo ser sorprendida y que me reconozcas entre toda aquella gente que comparte vagón con nosotras. Estoy a unos tres metros de ti, sentada en el lado contrario, pero es como si te tuviera frente a mí y no sé si podría mantener mis ojos en tus ojos. Transcurridos unos segundos, me decido a volver a alzar la mirada, con la esperanza de que no me hayas visto. Siento miedo a que me veas y, a la vez, un terror inmenso a no volver a verte, como si en esos segundos pudieras haber desaparecido o yo despertara de un sueño y ya no estuvieras.*

*Lo que ocurre es que me encuentro con tus ojos. Me miras sorprendida, como si no pudieras creer a quién estás viendo y no supieras cómo reaccionar... Supongo que tú ves en mí una reacción parecida. Ninguna nos decidimos a dar el primer paso; yo estoy asustada, más que sorprendida, porque te vi primero y tuve tiempo para asimilarlo, tiempo que tú no has tenido. Aun así, sonríes levemente y te levantas de tu asiento, vienes hacia mí con movimientos bruscos, provocados por los vaivenes del vagón. Yo también voy hacia ti; cuesta andar e intento agarrarme a donde puedo. La distancia entre las dos se hace muy larga mientras sorteamos los obstáculos que nos separan; son las personas que hay entre nosotras, nos disculpamos con ellas.*

*—Perdone, disculpe... —Pero ni siquiera nos contestan, van abstraídos en sus pensamientos, como hace solo unos instantes íbamos tú y yo. Por fin, logramos encontrarnos frente a frente, como si aquellos tres metros que nos separaban parecieran interminables. Tú resoplas, sonriendo; antes de que podamos decir nada, un frenazo violento del metro te lanza a mis brazos. Yo aguanto el cambio de velocidad porque voy agarrada a una barra de hierro de uno de los asientos, pero tú en ese momento te acabas de soltar, así que te aferras a mí; de eso depende tu equilibrio, y yo te abrazo con un solo brazo porque, si lo hiciera con los dos, ambas acabaríamos en el suelo. Nos reímos, no sé por qué extraña razón todo el mundo se ríe cuando alguien está a punto de caerse o se cae. Yo escucho tu risa en mi oído y todo mi miedo se esfuma. Quizá cayera al suelo sin mí, saliendo de mi cuerpo por la fuerza del movimiento brusco del vagón, o puede que volver a tenerte en mis brazos me hiciera olvidarlo.*

*—Qué momento —me dices—. Ya que estoy así, aprovecho. —Y me abrazas aún más fuerte.*

*El metro casi está parado, así que me suelto de la barra y te devuelvo el abrazo. Ahora sí que me olvido de mí y soy completamente tú y, a la vez, me siento más yo que nunca. Es de vértigo, incluso me siento mareada, como si no existiera nada bajo nuestros pies ni alrededor que nos sostuviera, solo tú y yo, abrazadas. Una voz metálica de mujer nos anuncia la próxima parada.*

*—Es la mía —te escucho decir mientras te apartas- Sigues sonriendo, pero ahora pareces cohibida, no sabes qué más decir. El metro se para y yo con él, estoy paralizada, de mi boca aún no ha salido ni una palabra, hago un esfuerzo, pero no digo lo que deseo.*

*—Te veo muy bien, me alegro de haberte visto de nuevo.*

*Me odio a mí misma al escucharme decir eso. Quiero decirte otras muchas cosas, pero, cuando estoy nerviosa, la mayor parte de las veces salen de mi boca tonterías.*

*Asientes y me das un beso en la mejilla.*

*—Yo también a ti. —Te bajas del vagón al andén, te sigo hasta el límite de la puerta—. Bueno, quién sabe, igual nos volvemos a ver pronto en este metro, o andando por Madrid.*

*Las puertas se cierran, y alzas la mano a modo de despedida. Yo asiento y te imito en el gesto. El metro se pone en marcha de nuevo y veo cómo te alejas de mí, parada en el andén. Ya no sonríes, y sé que sientes la misma tristeza que estoy sintiendo yo, el mismo miedo a volver a encontrarme y terror a no volver a verme.*

*Una bailarina de ballet con tutú me saluda desde un columpio, su cara pintada como la de un payaso. Parece inquietantemente triste y, a la vez, guiña un ojo. Una carpa. Un circo.*

*Es una valla publicitaria que puedo ver justo detrás de ti en una pared grande del andén.*

*Me despierto.*

*Este es mi sueño, abro los ojos y me siento desolada y agotada, pero a la vez llena de ti. Ese abrazo consigue traspasar el umbral del sueño y colarse en mi vigilia. Lo siento tan real que a veces me sorprende preguntándome si no ocurriría.*

*¿He conseguido sentir un sueño como real, o sucedió en realidad y lo he convertido en sueño?*

*Tenemos tantas formas de engañarnos a nosotros mismos... En todo caso, me acompaña y, si no sucedió, puede que algún día lo pueda hacer realidad. Quizá te encuentre de nuevo en el metro, y puede que lo que le faltó de real al sueño lo pueda realizar».*

Ruth leía cada día aquel cuaderno.

OOOOOO

Antes de que su padre regresara a Córdoba, había tenido una discusión con Laura, que ella escuchó involuntariamente desde su habitación. Algo se estaba moviendo a marchas forzadas entre todos ellos, como si una fuerza centrífuga los arrastrara hacia el mismo centro, irremediamente unidos por

más que hubieran hecho y deshecho en el pasado.

Escuchó la voz, más alta de lo normal, de Laura, así que fue hacia la puerta de su habitación dispuesta a salir para ver lo que ocurría, cuando algo la hizo detenerse con la puerta entornada. Pudo ser testigo directa de la discusión entre ellos...

—¿Por qué lo has hecho, Sergio? —Laura cruzaba los brazos sobre su regazo, en señal de que esperaba una respuesta, y también en un gesto defensivo frente a aquel hombre que tanto la conocía. Pretendía que se diera cuenta de su enfado y que dejara de tratarla como si él supiera lo que ella necesitaba.

—¿A qué te refieres? —Sergio lanzó esa pregunta acercándose algo más a Laura, por hacer tiempo. Se daba cuenta de que su amiga estaba realmente enfadada.

—Le has dado mi teléfono a Ruth y he estado hablando con ella hasta hace un momento.

—Pues me alegro, ya era hora. Ella quiere verte, y ya no me parece muy lógica tu postura. —Sergio contraatacó y se colocó frente a ella. Había intentado hacer entrar en razón a aquella cabezota por las buenas, pero ya no se iba a callar más, lo iba a escuchar.

—¿Ya no te parece lógica? —Ahora Laura colocó los brazos en jarras y se inclinó ligeramente hacia él—. ¿Ahora no te lo parece? ¿Por qué? ¿Porque ella quiera verme, después de años, ya no te parece lógica mi postura?

—Laura... Estás anclada en algo que ocurrió hace mucho tiempo, las dos habéis cambiado, la situación es diferente y las dos os seguís queriendo muchísimo. —Sergio intentó apaciguar a Laura con esas palabras, pero su amiga se volvió de espaldas a él y comenzó a andar de un lado a otro del salón, nerviosa, como siempre que se sentía desbordada por algo o por alguien. Eso la tranquilizaba. Pero era difícil calmarse con lo que estaba oyendo—. Podríais intentar recuperar aquella amistad. O no, mejor comenzar una nueva...

—Sergio, pero ¿cómo te atreves a decirme que yo vivo anclada en lo que ocurrió...? ¿Qué me dices de ti? —Comenzaba a sentirse realmente cabreada y, cuando esto sucedía, le era muy difícil controlar lo que decía y la forma de decirlo—. Continúas amando a una mujer que murió hace demasiados años, ¿no es eso estar anclado?

La miró con tristeza, pero con una gran calma. Laura se arrepintió enseguida de lo que había dicho; bajó la mirada, arrepentida, pero su amigo le

cogió una mano y tiró de ella suavemente para que lo siguiera. Se sentaron juntos en el sofá.

—Lo siento, pero...

—Tienes razón, es cierto lo que dices —la interrumpió—, pero, por eso, cuando os veo a Ruth y a ti, dos personas que se han querido tanto y que aún se quieren, librando mil y una batallas la una contra la otra, no logro comprenderlo. Sé que estas cosas ocurren muy a menudo y, cuando suceden, el amor no tiene ya nada que ver: acaba convirtiéndose en desamor y odio o indiferencia... Solo vosotras habéis destruido lo que teníais, pero en mi caso no fue así, Laura. A María y a mí no nos dio tiempo a llegar al campo de batalla y, si ella siguiera viva, me pregunto si habríamos tenido que pasar antes o después por esta especie de lucha por acotar terrenos, este tú a tú que parece llegar a cualquier pareja. Es posible... pero yo ya no puedo saberlo, ni lo sabré jamás; en cambio, Ruth no ha muerto, ella sigue ahí fuera —señaló hacia la ventana—, y quiere verte. A mí me parece que ya es momento de que bajéis las armas, las corazas y las defensas y que os mostréis tal como sois de una vez, sin intentar demostrar nada más que lo que hay. No digo que comencéis una relación de nuevo, no es eso, quizá eso no sea ya posible... Lo que digo es que os queríais antes de comenzar vuestra relación, como amigas, os quisisteis durante esos años de relación y os habéis seguido queriendo después... ¿No te das cuenta?

Laura lo había escuchado atentamente, intentando controlar la emoción que sentía; como siempre, aquel hombre tenía razón, pero ella se sentía muy cansada. Lo abrazó y le dio un beso; notaba que sus ojos habían comenzado a humedecerse escuchando a su amigo, y ahora necesitaba estar a solas.

—Estoy cansada y, en este preciso instante, lo único que quiero es dormir... Pensaré en lo que me has dicho. María tuvo mucha suerte al encontrar un amor como el tuyo y sabes que te quiero mucho.

—Lo sé, preciosa. Venga, no quiero ponerte triste... Vete a la cama y piensa que he intentado darte un empujoncito, solo eso.

Laura comenzó a andar hacia su habitación, pero escuchó a Sergio a sus espaldas.

—Ah, y, por cierto, ¿de qué habéis hablado Ruth y tú?

Laura se volvió e hizo un gesto con la mano, como diciéndole «que te doy...».

Sergio soltó una carcajada, y Laura por fin se encerró en su habitación. Su amigo le había sacado una sonrisa, y eso era más que suficiente por esa noche.

También Alba sonreía. Ni ella misma sabía lo que podía venir al día siguiente. Ni si la fuerza centrífuga los llevaría a todos por fin hacia el mismo centro del meollo.

OOOOOO

Alba comenzó a pasar más tiempo con Ruth, algo sugerido por su padre, debido al momento que pasaba su amiga, y a lo que Laura la animaba cada día con insistente disimulo. Sabía de su preocupación silenciosa por su estado, y que algo en ella se removió definitivamente después de la discusión acalorada que había escuchado aquella noche.

Ahora tocaba que Ruth apartase su máscara para mostrarse tal y como era con ella. No fue difícil. Aun así, por breves instantes, Alba tenía la sensación de que medía todas y cada una de sus palabras. Si se ocultaba bajo una apariencia desenfadada y hasta frívola a veces, era como resultado de su forma de enfrentarse al mundo, su defensa para poder reaccionar ante lo que la rodeaba. Comportándose así, todo le resultaba mucho más fácil, prefería mentir a dejar que la conocieran realmente, así se protegía del dolor frente a personas que en realidad no le importaban.

Sonreía, casi siempre lo hacía, y te dejaba hablar. Sobre todo, para no tener que contar demasiado sobre sí misma. En esto, Laura y ella eran muy parecidas. Alba se las imaginaba a las dos sentadas en un café, sin hablar y sonriendo continuamente, esperando a que la otra hablase. Y esa imagen la divertía.

Ruth la llevó al teatro, vieron varios musicales, cine alternativo en el que Alba intentaba hacer grandes esfuerzos por que le resultara interesante, sin poder reprimir algún que otro bostezo durante las proyecciones. Salían a cenar, probó la comida turca, finlandesa, africana; exposiciones de pintura. Durante dos semanas, pudo comprobar la vida que Ruth llevaba y le pareció fascinante hasta el agotamiento. Su lema parecía ser «nunca parar, siempre en movimiento». Se tragaba la vida a grandes sorbos, y Alba se preguntaba si vivir así no la dejaría exhausta.

—Esto va por rachas, Alba... A veces, lo único que me apetece es encerrarme en mi apartamento y no salir de allí durante días. Lo que ocurre es que, después, te llama algún amigo, sales por acompañarlo, una cosa lleva a otra, y vuelves a salir cada día con las mismas ganas de antes —le decía Ruth, y soltaba una carcajada—. Lo tengo comprobado, no puedo quedarme en casa

dos días seguidos, siempre surge algo más interesante.

—¿Y siempre ha sido así? —le preguntaba Alba.

—Casi siempre... Tuve una época más tranquila, pero, después de aquello, lo tomé con muchas más ganas.

Y Alba se encontraba pensando en lo imposible que le resultaba imaginar a dos mujeres tan distintas como Ruth y Laura teniendo una vida en común, viviendo juntas, sin discutir cada día. Laura no lograría soportar aquel ritmo de vida, y a Ruth, el de su amiga le resultaría sumamente aburrido. Pero no se atrevía a preguntar, esperaba el momento adecuado, pero este nunca parecía llegar. Ruth solo se refería a Laura, y ni siquiera pronunciando su nombre, al preguntar cada día:

—¿Qué tal todo por la librería?

Una de aquellas largas noches que pasaban juntas, en las que daba tiempo a hacer un sinfín de cosas y en las que Alba se encontraba hablando y hablando no sabía muy bien de qué, y Ruth se limitaba a contarle sus viajes y experiencias por el mundo, la gente extraña a la que había conocido o las situaciones fuera de lo común que había vivido, se acabó convirtiendo en mágica por obra y gracia de la propia Ruth, o de los dos whiskies que se había tomado, porque, sin venir a cuento, le soltó.

—¿Quieres que te cuente como conocí a Laura? —Y en sus ojos se percibía un extraño brillo, como si supiera el tiempo que Alba había estado esperando a que hiciera aquella pregunta, concedora de la respuesta a un misterio que Alba perseguía.

—Sé cómo os conocisteis... En el instituto. —Alba intentó no mostrarse demasiado ansiosa.

—El instituto es donde nos conocimos. Yo te pregunto si quieres saber cómo la conocí. —En opinión de Alba, Ruth se estaba poniendo demasiado quisquillosa. «¡Pues claro que quiero saberlo!», le habría gritado, pero se controló—. Igual ya te lo ha contado Laura, aunque dudo mucho que te hable de mí.

—No... —No sabía qué decir.

—¿No? ¿Que no quieres que te cuente como la conocí o que no te habla de mí? —Ruth parecía estar divirtiéndose con aquella conversación, pero Alba temía decirle que Laura no hablaba nada sobre ella, por miedo a que Ruth desistiera de contarle cómo se conocieron.

—Venga, Ruth, cuéntamelo ya. —Se atrevió—. Lo poco que sé es por mi padre, no por Laura.

—¿Le has preguntado? —Ruth bajó los ojos para mirarse las manos y, al volver a mirarla, aquel brillo de misterio había desaparecido. En su lugar, a Alba le pareció advertir durante un breve instante una profunda desazón.

—Lo he intentado, pero no se puede forzar a alguien a contar lo que no quiere... —Al ver que Ruth volvía a bajar la mirada, siguió—. Pero sé que me acabará hablando de ti, solo que a ella le cuesta más.

—Ya. —Ruth sonrió amargamente y giró la cabeza hacia un lado, como buscando algo en lo que poder distraerse—. Pues seré yo la que te cuente cómo la conocí, te diré lo que sentí al verla la primera vez y cómo cambió mi vida desde ese momento... —Volvió a mirarla y parecía desafiante, como si al saber que Laura no mencionaba aquellos días, una nueva fuerza le diera el valor suficiente para poder hacerlo ella.

Alba guardó silencio, como si Ruth necesitara tiempo para ordenar todos aquellos recuerdos, pero comenzó enseguida. Mientras hablaba, Alba no se perdió ni uno solo de sus gestos. El brillo fue reapareciendo en su mirada conforme avanzaba en su relato; era un brillo distinto, una luz que la rejuvenecía por segundos, haciéndole revivir aquel cúmulo de sensaciones, regresando a un momento de su vida en el que lo que sintió se convirtió en algo capaz de mantenerse en su memoria durante el resto de su vida, viajar en el tiempo, tantos años después, con la impresión de que solo hubiesen transcurrido unos minutos. Y es que la memoria es así, te juega malas pasadas, haciéndote olvidar algo reciente que crees importante, y te mantiene intactos unos recuerdos que has querido olvidar durante años.

Hay momentos en los que, aun deseando olvidar, nuestra mente se empeña en todo lo contrario.

OOOOOO

La vio a través de la cristalera de la librería.

Acababa de salir de su despacho para estirar un poco las piernas y ver cómo estaba aquella tarde de clientela; dos solitarios ocupaban distintas mesas, en una zona en la que había colocado unas máquinas para café y té, y donde podían hojear sus respectivos libros; eran asiduos y la saludaron al pasar junto a ellos. Laura les sonrió y continuó hacia la entrada del establecimiento. Mientras caminaba, recorría con la mirada las estanterías, el orden de los libros y lo que hacían los clientes con los que se iba encontrando; iba construyendo una imagen mental de todo.

Alba, en ese momento, estaba tras el mostrador cobrando a uno de los clientes, así que Laura esperó junto a una de las mesas, haciendo como que ordenaba los libros hasta que el cliente se hubo marchado. No le gustaba interrumpir a los que trabajaban en la librería cuando hablaban con los clientes, solo intervenía cuando se la requería. Se acercó a Alba, la chica sonreía satisfecha.

—Acabo de vender cinco libros a un solo cliente. ¿Qué te parece?

Laura, en ese momento, no tenía opinión sobre nada. Cuando llegó junto a Alba, se había quedado como petrificada mirando hacia la calle. La chica siguió su mirada en un acto reflejo, creyendo que en la calle estaba sucediendo algo. No la vio enseguida, y eso que estaba justo en la acera de enfrente mirando hacia ellas. Su primera reacción fue levantar la mano para saludarla y, al ver el tímido saludo que Ruth le devolvió, imitó su gesto, cohibida, comprendió lo que estaba sucediendo.

Se volvió hacia Laura y tuvo la sensación de que la tensión que desprendía se estaba extendiendo por su alrededor, envolviendo a cada segundo a cualquier ser vivo o inerte que estuviera cerca: la madera, el suelo, las estanterías, los libros, las lámparas, ella misma... Todo parecía de una rigidez insoportable, como esas finas capas de hielo que, aun pareciendo sólidas, al más ligero peso o movimiento se resquebrajan abriendo grietas por doquier. Alba giró su cabeza para volver a encontrarse con Ruth en el mismo sitio y la misma postura que hacia sólo unos segundos, pero a ella se le estaba haciendo eterno contemplar aquella escena. Mirara a quien mirara, Ruth-Laura, Laura-Ruth, las dos parecían estar apuntaladas a la inmovilidad que les impedía dar un sencillo paso.

—Laura... Es Ruth. —No sabía ni cómo se atrevía a hablar, qué parte exacta de su cerebro había dado la orden para que de su boca salieran esas palabras, precisamente esas tontas y absurdas palabras. Con la cantidad de palabras que componían el castellano y la variedad de frases que se pueden formar a partir de ellas, va y utiliza dos nombres propios y un verbo, sabiendo perfectamente que Laura, uno de los nombres propios, estaba viendo con sus propios ojos al otro nombre propio. Agggggg...

Pero Laura la miró, comprendiendo la situación, y asintió, haciendo que la tensión desapareciera.

—Voy a salir un momento, ocúpate de todo. —Y, tal como lo dijo, se dirigió hacia la puerta con paso decidido, pisando la acera y mirando hacia los lados antes de cruzar la calle. Ruth se había despegado de la pared y

también había dado unos pasos hacia ella; las dos sonreían antes de darse dos besos, uno en cada mejilla, lo que tocaba. «Hacen buena pareja», pensó Alba en ese galimatías de imágenes y pensamientos que vienen a la mente cuando quieres absorber lo que ves, con avidez, sin que nada se escape.

Las dos hablaban. Ruth sonreía demasiado, y Laura se frotaba constantemente las manos. Volvieron la cabeza hacia ella y las dos la saludaron; la habían pillado observándolas como una cotilla. Las vio caminando juntas mientras iban hacia la librería.

—Hola, Alba. —Ruth le dio un beso.

—Alba, voy a enseñar a Ruth la librería y tomaremos un café arriba, en casa... Cualquier cosa que surja, me llamas. —Ahora Laura parecía algo más incómoda, quizá por tener que dar explicaciones de lo que iba a hacer ante Alba, que las miraba a las dos como atontada y con un brillo algo raro en los ojos.

—Claro, no te preocupes... —le contestó, pero Laura no había esperado su respuesta. Ya iba por el pasillo seguida por Ruth, que se volvió y le guiñó un ojo, antes de que ambas doblaran la esquina y las perdiera de vista.

Lo que ocurriera a partir de ese momento ya no podría verlo con sus propios ojos, tendría que esperar a que se lo contaran las implicadas. Le encantaría escuchar ambas versiones, para cotejarlas, pero, si hubiera podido estar presente, seguro que su versión habría sido la más clara y objetiva. En esos momentos, le gustaría que hubiera un agujerito por donde poder ver y escuchar a aquellas dos mujeres, ser como el narrador de un libro que todo lo ve y todo parece saberlo sobre sus personajes: su conversación después de años sin verse, sus comportamientos, sus gestos. Pero tendría que conformarse con lo que ellas le contaran, y tomar la distinta percepción que ambas tuvieran de aquel encuentro, porque sus personajes eran reales y ella no marcaba sus pautas de acción ni dirigía sus formas de comportarse ante las distintas situaciones. Ella no decidía que Laura y Ruth volvieran a enamorarse después de tantos años o que nunca dejaran de quererse; tampoco que retomaran su amistad o que Laura sonriera un poco más y Ruth dejara de sonreír tanto.

Si fueran personajes ficticios de su novela, muchas de las cosas que habían sucedido entre esas dos mujeres nunca habrían ocurrido, o las haría desaparecer si alguna vez las imaginó. Tomaría las hojas que no le gustaran y las haría trizas, arrojando por la ventana aquellos años que las separaron.

«Y sobre Madrid lloverían trozos de papel, ausencia hecha trizas...».

Esa sería una frase estupenda para el final de su novela.

OOOOOO

Ruth no puede creer que esté subiendo las escaleras en dirección a casa de Laura. Sube tras ella y no se atreve a mirarla. Laura podría volver la cabeza y descubrir su mirada, adentrarse en ella y leer en su alma. Eso la asusta, siempre la asustó; no entendía por qué era la única persona que causaba ese efecto en ella, pero así era. Cuando le mentía, la mirada de Laura le decía que sabía de su mentira, aunque callara. Cuando la deseaba, encontraba, al segundo, reflejo de ese deseo en la otra mirada. Laura era como una esponja de sus sensaciones, las absorbía, para después devolvérselas chorreando por cada poro de su cuerpo.

Aun así, aunque no la esté mirando como a ella le gustaría, no puede dejar de verla mientras suben ese tramo de escaleras. No es muy alto, pero, casi a cada paso, se queda con algún detalle de ella. Como si llevara una cámara digital al hombro que estuviera grabando ese momento; el objetivo captaría la imagen en movimiento y veríamos a Laura por partes. Si mira hacia abajo, sus piernas; mejor, sus piernas cubiertas por unos pantalones negros. Al agarrarse a la barandilla, su mano con unas uñas sorprendentemente bien cuidadas; solía comérselas desde niña. Al mirar hacia arriba, Laura agita la cabeza, un movimiento típico para apartarse el pelo de la cara, y vemos que el cabello cae hacia atrás. Lo lleva bastante largo y alisado, un marrón algo más oscuro de lo que Ruth recordaba. No lleva chaqueta, solo un jersey de cuello alto también marrón, como su pelo, y en esa vista general advierte que ha engordado unos kilos. Sus curvas están más marcadas, antes estaba demasiado delgada. A Ruth le encantaba su cuerpo y, por lo que está sintiendo al contemplarla, eso no había cambiado. Se ruboriza un poco y trata de controlar el cúmulo de sensaciones que está sintiendo en ese trayecto, solo con ver partes de un todo. Es mejor apagar la cámara.

Laura ya ha abierto la puerta de su casa, se apoya en ella y la espera para dejarla entrar; tampoco parece tener ninguna intención de mantenerle la mirada. Al pasar por su lado, le llega su perfume, que sigue siendo el mismo; sigue oliendo igual y sigue causando el mismo efecto en sus sentidos. Cómo es posible que con un solo olor se evoquen tantas sensaciones distintas y todo tu cuerpo parezca revolucionarse por dentro, descontrolado, a la deriva.

Ruth se da cuenta de que está sonriendo como una tonta, al verse reflejada en un espejo que hay en la entrada, y se pregunta si ha estado con esa cara de

imbécil desde que se encontró con Laura.

Laura ha cerrado la puerta. Tras un pequeño pasillo, se entra al salón. A Ruth le gusta lo que ve. Su casa, al lado, parece fría, aunque es lógico; ella apenas está en casa y nunca vio su apartamento como un hogar definitivo, era una casa de paso entre la de sus padres y su futuro hogar. En cambio, Laura sí ha hecho un hogar de aquel sitio, lo nota mientras le va enseñando la habitación donde ahora duerme Alba, la cocina, los dos baños, y su propia habitación. Y eso que Laura lo hace apresuradamente, como queriendo quitarle importancia a lo que está enseñando, o como si no quisiera que Ruth permaneciera demasiado tiempo llenando aquellos espacios. Sobre todo su habitación: abrió y cerró la puerta tan deprisa que a Ruth no le quedó otra que volver a sonreír. Laura también estaba nerviosa, era evidente.

—Me gusta tu casa, es un reflejo de ti. —Ruth no sabía si quitarse el abrigo o quedarse allí de pie esperando que Laura le dijera lo que hacer.

—Eso dicen, que las casas son reflejo de los que viven en ellas... pero siéntate y dame tu abrigo. ¿Quieres café, té o...? —Laura se esforzaba en parecer natural, aunque el tono de su voz era algo cortante, o pretendía serlo. Ruth la conocía demasiado como para dejarse influir solo por eso.

—Lo que tú tomes, me da igual —le contestó, mientras le daba su abrigo.

—Por las tardes suelo tomar té... —Laura ya se iba hacia la cocina.

—Pues té. —Ruth se sentó en el sofá, aunque no sabía cómo colocarse, si cruzar las piernas, inclinarse hacia delante... Oía los ruidos que venían de la cocina, el sonido del microondas, calentando probablemente el agua para el té, cajones abriéndose, las cucharillas... Laura apareció unos minutos después con una bandeja y la dejó sobre la mesa que había frente al sofá; también traía unas pastitas de galleta y chocolate.

—¿Sigues comiendo chocolate todos los días? —Ruth se lo preguntó porque Laura se llegó a definir como una adicta al chocolate.

—Sí... —Laura sonreía—. Sigo con esa manía, o adicción, o como quiera llamársele. En mi casa es raro que falte chocolate.

Sonaba el ruido de las cucharillas en las tazas mientras echaban el azúcar y removían el agua. Ruth cogió una pastita de chocolate, aunque más por hacer algo que porque realmente le apeteciera comerla. Laura, en cambio, no las probó. Se había sentado en el sofá, todo lo separada de Ruth que pudo, y un poco girada hacia ella para poder mirarla.

—¿Cómo estás? —le preguntó. No sabía si preguntarle abiertamente por lo que acababa de sucederle.

—Bien, estoy bien. —Ruth acabó su pastita. Nadie habría notado que su respiración se había desacompañado, pero siempre habían sabido leerse cada gesto, en lo bueno y en lo malo, y parecía que eso no había cambiado. Desvió la conversación, no estaba allí para llorar su pérdida—. Te extrañará que haya aparecido así, sin avisar.

—Bueno, un poco sí, la verdad... pero da igual, yo también estaba decidida a que nos viéramos pronto. Si hay que hacer algo, mejor hacerlo cuanto antes.

—Lo dices como si te fueras a quitar un peso de encima... y, en cierta forma, lo es, así nos ahorramos el tener que quedar.

Laura asentía. Ahora que estaba tan cerca, podía observarla mejor; el paso del tiempo se había portado estupendamente con ella: los párpados algo más caídos y las arrugas bajo los ojos más marcadas eran el único signo visible de esos años transcurridos sin verla. El color de sus ojos seguía pareciendo negro, a no ser que estuvieras a un palmo de sus narices; entonces, te dabas cuenta de que en realidad eran de un marrón muy oscuro.

Estaba a su lado y no sabía cómo comenzar a contarle todo lo que había pensado decirle. Para Ruth, era importante que la entendiera, volver a sentirla cerca y muy dentro de ella. No sabía por qué exactamente quería que la perdonara, pero, desde que decidió acabar con su relación, siempre tuvo la sensación de haber cometido una gran equivocación.

—Bueno, pues aquí estamos... ¿Por qué querías verme?

Ruth se encogió de hombros, gesto muy típico de ella cuando estaba a punto de decir alguna tontería o quería quitar importancia a algo.

—No hay ningún motivo, solo que me apetecía volver a verte. —Era pronto para soltarle todo aquello que deseaba decirle. Laura podría llevarse un susto de muerte y temía su reacción más que nada en este mundo. Era imprevisible, podía ser la persona más amable o hacerte el comentario más duro que puedas escuchar.

—¿Precisamente ahora? ¿Por qué? Es decir, ¿por qué no hace dos años o hace cuatro? —preguntó Laura, con su marcada ironía.

—Para todo llega su momento, puede que hace dos o cuatro años no lo fuera...

—Ah... —Laura parecía divertirse con sus respuestas, pero solo lo parecía.

—No, en serio, no lo sé... He querido verte durante estos años en muchas ocasiones, te he echado de menos... —Y, como Laura sonreía algo incrédula

por lo que estaba escuchando, apostilló— demasiado.

—¿Que me has echado de menos *demasiado*? —Ahora Laura se reía abiertamente—. Nunca nadie me había dicho eso, es curioso.

—Pues sí, me hubiera gustado no echarte tanto de menos, porque, cuando decidí dejar lo nuestro...

—Eh, eh... no sigas por ahí. No quiero hablar de todo aquello, ahora tenemos nuestras vidas y eso ya pasó. —Laura hablaba completamente en serio. De hecho, intentó cambiar de tema inmediatamente—. ¿Cómo está tu pareja? No recuerdo cómo se llamaba, creo que Sergio me lo dijo, pero...

—Ya no es mi pareja y se llama Luis.

—Pero si has estado a punto de tener un hijo suyo... ¿Cuándo lo dejasteis?

—Hace unas semanas, poco después del aborto... No estaba enamorada de él, me estaba conformando con él, pero nada más.

—Vaya, lo siento... Sigues igual, confundiendo amistad con amor.

—Bueno, contigo tuve claro que era amor desde el principio, incluso antes de que fuéramos amigas.

—Ya...

—No me crees... Ahora ya no te creerás nada de lo que pueda decirte, ¿no es cierto?

—Ruth, digamos que ya no soy tan crédula como era hace años. Pero eso no significa que no vaya a creerte, solo que me costará mucho más. —Laura seguía siendo sincera, decía lo que pensaba o callaba.

—Muy bien. —El silencio se alzó entre ellas como una sombra del pasado que les recordaba sus diferencias, sus discusiones, su distancia, esa parte de su vida en común que tanto las separó, convirtiéndolas en dos enemigas en un mismo campo de batalla. Una batalla que ninguna ganó, una sinrazón en la que las dos perdieron—. Quiero que entiendas que hice lo que en ese momento creí que tenía que hacer. No intento justificarme, solo quiero que me entiendas.

—¿Ahora? —la cortó Laura, sin poder controlar del todo esa parte de sí misma que aún guardaba rencor y dolor—. ¿Para qué? —Y se levantó del sofá, como intentando sacudirse de un solo gesto esa ola de reproches que pujaban por salir de su boca. Ruth supo que era preferible guardar silencio mientras Laura se serenaba. Estaba haciendo lo que se propuso no hacer: abrir viejas heridas. Era muy pronto, o quizá muy tarde, para tratar de contarle, para intentar que la comprendiera.

—Mira, Ruth, dejemos las cosas estar. —Laura se volvió hacia ella e intentó sonreír—. Han sido muchos años los que hemos vivido en la misma

ciudad sin vernos, sin contarnos, sin que tú intentaras que yo te comprendiera, tú haciendo tu vida, yo intentando reconstruir la mía, y sabiendo que, a escasas paradas de metro, podía llegar a tu casa, donde tú ya habías rehecho tu vida, donde no necesitabas para nada el amor que yo sentía y sabiendo, sobre todo, que fuiste mi mejor amiga. Nunca te di a elegir entre tu vida y yo, como tú llegaste a creer. Solo quería que vieras que no me podías mantener oculta en un rincón. Pero de lo que te diste cuenta fue de que te asfixiabas a mi lado, de que tu camino ya no llevaba a mí, como tú misma me dijiste. Y eso es todo... Una historia más, no ha sido la primera ni será la última que se va al traste. Tú hiciste lo que pudiste o lo que quisiste y yo también, nada más.

Ruth estaba tratando de asimilar todo cuanto había escuchado. Laura no lo podía haber explicado mejor, aunque ella haría algunos matices.

—Vaya, la que te he soltado. —Laura se volvió a sentar en el sofá—. Y eso que no quería hablar de esos años... lo siento.

—No... no lo sientas. Pero cuando te apetezca o puedas escuchar lo que yo tengo que decirte, todo se complementará y se comprenderá mucho mejor. Hoy —dijo Ruth, removiéndose incómoda— creo que ya te he hecho revivir demasiado todo aquello...

—Ruth, siento lo de tu aborto. —Hacía días que se levantaba con una sensación de presión en el pecho por no haberse decidido a llamarla, por no haber podido estar a su lado en esos momentos; qué situación tan extraña, después de diez años sin verse y sin ningún tipo de relación, se recordaba a sí misma, y dejaba pasar los días. Ruth asintió bajando la mirada a su regazo y se levantó.

—Laura... No solo he venido para verte, también quería invitarte a... no sé cómo decirte esto —metió la mano en su bolso y sacó lo que parecían tres entradas a color en las que podía verse una acróbata pintada de payaso y vestida de bailarina de ballet subida a un columpio—. El Circo del Sol. —Al ver la cara de asombro de su amiga, continuó—. Hace dos meses que las compré... y justo tengo tres, he pensado que podíamos usarlas Alba, tú y yo.

—Ah... —No sabía qué decir, todo estaba resultando demasiado inesperado. No le daba tiempo a pensar, como si todo hubiera estado previsto de aquella manera.

—Son para esta noche...

Decididamente, aquello era una encerrona. Ya hablaría con Alba más tarde.

OOOOOO

Y, de repente, todo se concentra en una noche... La fotografía, los trozos de papel lloviendo sobre Madrid, la bailarina vestida de payaso del póster... La acababan de ver haciendo acrobacias imposibles; mirándola de cerca, durante el espectáculo, se palpaba cómo la vida y la muerte hacían el amor a cada instante y cómo la expectación hacía parecer interminable un momento. Era para levantarse y hacer reverencias al arte de cualquier tipo que conseguía que el ritmo de tu respiración cambiara hasta hacerte consciente del mismo; se aceleraba, se detenía, suspirabas. Normalmente, ni nos damos cuenta de que respiramos.

Aplaudieron a rabiar, las tres. Alba estaba emocionada por poder compartir aquella noche con esas dos mujeres. Se sentó entre ellas o, más bien, ambas decidieron disimuladamente que así fuera. Igual era pronto para tanta proximidad física y les incomodaba.

Habló poco, se dedicó a observarlas y les contó la historia de la fotografía oculta en el tablón de corcho donde aparecían las tres, y cómo había deseado que volvieran a encontrarse. Y que esa misma noche, cuando las veía subir las escaleras a casa de Laura, había imaginado que era la escritora de su historia y cómo había decidido que sobre Madrid llovieran trozos de papel.

Al salir del espectáculo, fueron a cenar y pasearon por las calles entre anécdotas, risas y silencios endulzados de tranquilidad, no esos incómodos que cualquiera corre a rellenar.

Era nada y era todo, al andar una junto a la otra, la complicidad de ciertos gestos, la forma de mirarse y de contestar y seguir las bromas. No parecía que hubieran pasado casi once años de distancia entre ellas.

La noche se terminaba y volvían a casa, Alba sintió un deseo irrefrenable de adelantarse; las palabras habían comenzado a precipitarse no sabía desde dónde, pero temía que se esfumaran. Así que se adelantó corriendo, tenía toda la noche por delante. Corría llena de pasión, de alegría, ilusionada... ya sabía lo que quería escribir.

OOOOOO

Los pasos de ambas resonaban en la noche, para devolverles la certeza de que andaban una junto a la otra. Es mágico caminar por las calles cuando la ciudad descansa o duerme y, si lo haces con la persona con quien quieres

estar, puede llegar a ser completamente transformador. Corres el peligro de olvidar el pasado y no pensar para nada en el futuro; el momento se extiende y se abraza a sí mismo como si fuera a ser eterno.

¿Qué más daba una explicación de Ruth en ese momento? Seguro que se la daría, pero, cuando maduras, cada vez se necesitan menos justificaciones y excusas y más vivir. ¿Qué importaba su interpretación de lo que sucedió hacía años?

Sabían que eran dos personas muy distintas a aquellas adolescentes que se encontraron en Córdoba y no se separaron hasta casi dos décadas después. Conscientes de lo que habían compartido, pero también de que en la vida hay etapas y se puede crecer en distintas direcciones o a diferentes ritmos y, aun así, sentir que pertenecen a un territorio común, la tierra que habitan quienes te tocan el alma, quienes conocen tu esencia.

Por eso, no eran solo dos caminando por la acera; eran muchas. Sus pasos los seguían las niñas que fueron, las dos amigas que se conocieron en el colegio... Si alguna pudiera mirar de reojo, podrían ver su primer beso o aquel día en que se fotografiaron por encima de las nubes; tal vez dejarían escapar alguna lágrima al ver a esas dos mujeres que se abrazaron para decirse adiós, sin saber que no volverían a verse en muchos años, y hasta era posible que sus propios pasos las adelantaran en aquel momento eterno para enseñarles las muchas pisadas que les faltaban por dar y poder verse una con el pelo blanco, la otra teñido y con surcos en la piel y calma en las manos, paseando sus vidas, acompasando sus pasos, como se hace cuando se tiene una compañera de por vida.

Puede que así las viera la vida, aunque ellas solo caminaran por aquella calle solitaria, en silencio.

—Gracias. —La voz de Ruth sonó como si temiera romper el encantamiento.

—¿Por qué? —Laura llevaba un rato intentando contener la emoción, algo se le había colado directo al corazón y lo comprimía.

—Por venir esta noche, así, sin previo aviso... Reaparezco en tu vida y tú decides acompañarme.

—No podía negarme a semejante plan... Ya sabes, el Circo del Sol...

—Claro...

Ambas sonreían, no parecían tener prisa en su vuelta a casa de Laura.

—No sé muy bien cómo comportarme contigo... y tengo muchas cosas que contarte.

—Pues empieza... Tenemos toda la noche por delante. ¿O tienes sueño? — Laura la empujó con su cuerpo levemente, como queriendo animarla a continuar—. Es como si volviéramos a conocernos... ¿Crees que eso es posible con todo lo que hemos pasado?

—Me gustaría que lo fuera... —Ambas sabían que sería difícil superar años de distancia, de ausencias, momentos de dolor, angustia, decepción. Pero solo tenían dos opciones: podían intentarlo, o bien separar sus caminos y dejar que el pasado se impusiera a la posibilidad que estaban creando en una sola noche.

—Pues encantada de conocerte, Laura Sena. —Ruth se colocó delante de ella, alargando su mano extendida a modo de saludo cordial.

—Igualmente, Ruth Peña.

OOOOOO

—Puedes quedarte esta noche... si quieres —le dijo Laura, sin atreverse a mirarla a los ojos. ¿De dónde había sacado el valor para pronunciar aquellas palabras?

Estaban paradas ante la puerta de su casa. Ruth acababa de descubrir aquella puerta, justo al lado de la entrada a la librería; se había imaginado que Laura tendría que empujar cada noche, al salir de casa, las rejas del escaparate para acceder a la librería y, desde allí, a su casa. Pero la opción que se abría ante sus ojos era la más lógica: dos entradas, una desde dentro de la tienda y otra desde el exterior.

Apenas podía ver la cara de Laura, la farola más cercana a ellas se negaba a dar luz esa noche, pero Ruth no necesitaba luz para adivinar la cara de Laura ni el gesto que tendría al pronunciar aquellas palabras. Con el tono de su voz, ya lo imaginaba.

—Claro que quiero... —contestó, sintiendo cómo se le quebraba la voz por esa mezcla de miedo y timidez que llevaba rondándola toda la noche.

—Vale... así podemos seguir la conversación. —Laura abrió, con cierta dificultad, la puerta; su inquietud también era evidente, y Ruth la siguió por un largo pasillo hasta unas escaleras exactamente iguales a las que había en el interior de la librería.

Recordó en aquel momento cómo, aun conteniéndose para no mirarla, sus ojos captaban sus movimientos. Ahora era distinto, sus ojos se recrearon en aquel cuerpo; le daba igual que Laura lo advirtiera. Es más, deseaba que lo

hiciera.

Una suave ola de calor le recorría el cuerpo. Lo sentía en sus manos, en sus mejillas, le aflojaba las piernas a cada nuevo peldaño que subía y la hacía sentir más y más débil por momentos. Deseaba alzar las manos y apoyarse en Laura, abrazarla y permanecer así hasta que su cuerpo reaccionara. Porque era imposible abrazar a Laura y no desear nada más, otras sensaciones se abrirían paso inmediatamente después de rozarla. Todo eso ya lo sabía, y por conocerlo era por lo que aún lo deseaba más.

Como también sabía que al tenerla a su alcance no se atrevería ni a mover un dedo, y sería Laura la que tendría que acercarse a ella, con timidez, pero sin dar un paso atrás, decidida. No sabía por qué razón, al tener cerca a Laura, se aniquilaba su capacidad de dar el primer paso. Se quedaba paralizada, esperándola, porque sabía que vendría y la envolvería entre sus brazos o le tomaría la mano con la mayor naturalidad del mundo y, con esos gestos, Ruth recuperaría el movimiento de su cuerpo.

Laura, al abrir la puerta, se apartó a un lado para dejarla pasar. Aun así, sus cuerpos se rozaron, y Ruth comenzó a sentir esa extraña fuerza que tiraba de ella, como un imán, fijándola en el suelo, no dejándola moverse para avanzar; se quedó muy cerca de Laura y esta se tuvo que aproximar mucho más para poder cerrar la puerta. Un momento de duda y la sonrisa irónica de Laura, tan cercana que no podía dejar de mirar sus labios. A un solo paso de ella y sin poder levantar sus manos, deshaciéndose por dentro, vulnerable.

No podía apartar sus ojos de esos labios, que ya no sonreían, sino que parecían a punto de dejar escapar unas palabras que nunca llegaban. Laura le rozó los dedos de una mano con sus dedos, y se abrieron camino para enlazarlos hasta que sus manos quedaron unidas. Algo que a Laura le encantaba hacer, ella lo sabía, lo había recordado tantas veces a lo largo de aquellos años; ese gesto, sus manos entrelazadas y, según la fuerza con la que presionaban, saber lo que demandaban.

Movió su brazo hacia ella, arrastrando también el de Laura, sin que sus manos se soltaran, y lo colocó en su cadera, atrayéndola hacia sí, para sentir que sus cuerpos eran como sus manos, uno solo, o mejor dos, pero piel con piel, sin advertir ya si su ropa era la de ella o la que vestía a Laura, sintiendo la carne de ella como parte de su propia carne, su olor adentrándose por cada poro de su cuerpo, ese particular olor, ese perfume que desarmaba todas sus defensas y la dejaba abierta a todo tipo de sensaciones: la de haber encontrado lo que buscabas, lo que habías perdido, lo que anhelabas con todo tu ser,

porque se ha afianzado tanto en ti que, cuando no lo tienes, andas a la deriva sin llegar a ser lo que un día lograste ser, alguien que ama y que se siente amado en la misma medida, si es que posible medir el amor. Lo único cierto es que lo que un día sentiste ahora lo vuelves a sentir. Y lo sabes con un simple roce de manos.

Once años de ausencia borrados con un solo abrazo, y Laura junto a ti.

—Ruth. —Laura pronuncia tu nombre quedamente, y ya sabes lo que quiere, lo mismo que tú, deshacerse de lo poco que os separa, vuestra ropa, mientras los labios se buscan y se encuentran, con creciente deseo, abriéndose más y más, las lenguas acariciándose, apresurándose una en busca de la otra para atraparla y que se fundan en una, como vuestras manos, como vuestros cuerpos.

Y todo es parte de un mismo movimiento, que comienza suave y avanza en oleadas cada vez más intensas, hasta culminar en el abandono de una misma y de la otra, para formar parte del oleaje, fundirse dando paso a la calma más absoluta. La creencia de que todo acaba y puede volver a empezar, como una sinfonía perfecta que nunca te cansarás de escuchar.

OOOOOO

El reloj marcaba los minutos, que pasaban fugaces, aliado con esos pensamientos que le mantenían la mente activa en exceso; hasta el tiempo parecía empeñado en no dejarla dormir. Las palabras se sucedían unas a otras en su mente, formaban frases, párrafos enteros, conformaban la historia, esa historia que tanto se le había escapado de entre los dedos cuando intentaba marcar las letras en su ordenador, plasmarla en papel; ahora se dibujaba en su mente, veía a los personajes que le hablaban y se la contaban.

Era el momento: si no podía dormir, ya la vencería el sueño cuando lograra sacar esa historia de su cabeza. Saltó frente al ordenador. Una página en blanco apareció en pantalla. Sonrió, no le tenía ningún miedo; sus dedos parecían hablar por sí mismos, se atropellaban en su deseo de expresarse. Se sentía tan feliz que hasta tuvo que parar de escribir para limpiar unas lágrimas que le empapaban las mejillas. Nada podía compararse a ese momento; ahora más que nunca, sabía lo que quería, contar historias, y finalmente se convencía de que podía hacerlo, sus dedos se lo decían.

Escribió durante toda la noche. A las ocho de la mañana, el despertador la sacó de su mundo paralelo para advertirle que era la hora de ir a trabajar. Lo

ignoró; poco después, Laura apareció en el despacho, tuvo que llamarla varias veces para que Alba lo advirtiera.

—Cariño, pareces santa Teresa de Jesús en una de sus levitaciones... —le dijo, divertida, al ver su aspecto—. Tómame el día libre y descansa.

—No puedo, Laura, ya lo tengo... —Alba sonreía como una niña ante un juguete nuevo, con la ilusión más grande del mundo albergada en su pecho—. Tendré el resto de mi vida para dormir.

Pero, cuando Laura volvió, a media mañana, la encontró durmiendo sobre el ordenador. La tomó en sus brazos como si fuera su niña, intentando no despertarla y tambaleándose por el peso de la chica, que ya era toda una mujer. Consiguió acostarla en el sofá, sin que Alba protestara ni se despertara. El sueño la había atrapado de lleno en su mundo. La arropó y la besó en la frente; después, se volvió hacia el ordenador, que continuaba encendido, y se acercó. La palabra «fin» se leía a pie de página.

—¿La has terminado, Alba? —Su voz la sorprendió a sí misma, pero Alba ni se inmutó. Se sentó en la silla donde Alba había pasado la noche en vela y, como precaución, le dio a la tecla para volver a guardar el documento. Suspiró. Las ganas de leer lo que la chica había escrito eran demasiado fuertes —. ¿Y si solo leo la última página? —Se escuchó decir a sí misma en un susurro. Era lo que solía hacer cada vez que comenzaba un nuevo libro, una manía absurda que le descubría el final de la novela antes de haberla empezado. Y, precisamente, la novela de Alba se le revelaba en la última página. Ahí la tenía, frente a ella.

Comenzó a leer sintiendo cómo crecía el orgullo dentro de ella ante cada nueva frase, por haber empujado a Alba durante años a hacer lo que estaba haciendo, escribir; al terminar la página, sonrió y decidió leer el último capítulo completo, consciente de que acababa de leer el final de su propia historia. ¿O era el comienzo?

Quizás solo la continuación...

## Capítulo 8: Las mismas personas, años después

La rueda de prensa para la presentación de la autora y su libro se celebraba en una sala de la librería Grandes Esperanzas. Curioso el nombre de la librería, como una de sus novelas favoritas. Solo le faltaba que el fantasma del escritor se apareciera durante la ronda de preguntas, para que definitivamente se llevara el susto de su vida o, tal vez, así conseguiría que el fantasma de Dickens fuera el centro de atención y no ella. No soportaba todo aquello, y la sala cada vez se llenaba de más y más gente, y sus piernas cada vez la sostenían menos y menos.

El libro, que inicialmente tuvo una acogida muy modesta por parte de prensa y revistas especializadas, al cabo de unos meses comenzó a venderse muy bien debido al boca a boca. Sus principales lectores, las mujeres, le hicieron la mayor promoción que se pueda hacer, recomendarlo y regalarlo y, en internet, las revistas y foros se encargaron de divulgarlo; finalmente, la editorial se encontró desbordada ante la solicitud de ejemplares y de entrevistas con su autora.

Comenzaron a circular rumores sobre la escritora, que la editorial se encargó de no desmentir, y todo ello creó cierto interés alrededor de su nombre: las librerías solicitaban firmas de libros; la prensa, entrevistas. La editorial la convenció para dar esta rueda de prensa y ahí estaba, esperando para salir ante aquel público, con las manos sudorosas y sintiéndose incapaz de pronunciar una sola palabra.

Miró hacia donde sabía que su padre se sentaría y lo vio tan asombrado como estaba ella, mirando de un lado hacia otro, como incrédulo de toda la gente que se encontraba en la sala, y preocupado, porque él la conocía mejor que nadie y sabría cómo se estaría sintiendo en ese momento. Sentadas, junto a él, una a cada lado, estaban Ruth y Laura, hablando entre ellas, sin importarles la separación física que les marcaba el cuerpo de su padre. Alba cerró los ojos y las llamó mentalmente. Intentaba llenarse de la paz que esas dos mujeres le hacían sentir cada vez que pensaba en ellas, pero, entre todo aquel ruido, no se podría escuchar ni una voz interior, así que desistió enseguida.

La directora de la editorial que le publicaba el libro y la escritora que le hizo la introducción al mismo estaban sentadas en una mesa frente al público y

solicitaban silencio para hacer una breve presentación de autora y libro. Alba intentó escucharlas, pero se sentía demasiado inquieta.

—Como ven, les prometimos que la introducción sería breve y hemos cumplido, lo mejor será que conozcan a la autora cuanto antes y pasen a la ronda de preguntas.

Escuchó su nombre y, al salir, los aplausos. No los esperaba y sintió, literalmente, cómo todo su cuerpo temblaba. Se agarró las manos con fuerza para que su temblor no fuera tan evidente, y la escritora, al advertirlo, le puso su cálida mano sobre las de ella. Sonrió y se sintió algo más segura.

Las preguntas comenzaron, sin que aún hubiera pronunciado ni una palabra.

—Señorita Tena, siendo usted una joven escritora con talento, ¿no teme que la encasillen en este tipo de novelas? —Un periodista fue directo al grano. A Alba le gustó su aspecto desaliñado, media melena y barbita de varios días, pero le pareció algo maleducado en su afán de ser el primero en preguntar.

—Ante todo, buenas tardes a todos... —Miró a Laura, que parecía a punto de salir disparada de la silla para ir a sentarse a su lado; al advertir que la miraba, relajó su expresión e intentó sonreírle con calma. Ruth, en cambio, parecía tan tranquila y le guiñó un ojo. Las dos apoyaban sus manos en las de su padre, que estaba expectante—. ¿Se refiere a novelas de tema lésbico? —El periodista asintió con una sonrisa irónica—. Verá, cuando escriba mi próxima novela, que aún no sé de qué tratará, sabremos lo que ocurre. Mientras tanto, no me preocupa.

—Pero es consciente de que sus lectores son mayoritariamente gays y lesbianas. Si no volviera a escribir sobre este tema, podría decepcionarlos —insistió el periodista.

—Espero no decepcionarlos con mi próxima novela, pero, sin saber aún sobre qué escribiré, sí les diré a los lectores en general que tratará seguramente del amor, la vida, las relaciones de amistad y de todo tipo... Los gays y lesbianas no se limitan a leer novelas de esta temática y me encantaría que los heterosexuales hicieran lo mismo, así que espero que me sigan leyendo, trate de lo que trate y siempre que les guste.

—Dice usted en su libro que su obra está basada en un hecho real, pero que no todo lo que se cuenta sucedió —comentó otro periodista—. ¿Cómo accedió a la historia real? ¿Existen hoy por hoy los personajes principales?

—Pues conocí la historia gracias a que decidí dejar de pensar solo en mí misma y pasé a interesarme por la gente de mi entorno; me ayudó muchísimo a conocerme y a saber lo que quería hacer con mi vida. Fue difícil derribar la

barrera del silencio, que me dejaran entrar en su mundo y me contaran su historia, pero finalmente lo conseguí. —Alba volvió a mirar a sus tres seres más queridos; bueno, cuatro, porque entre ellos parecía asomar la figura de su madre, siempre presente, y sintió que las lágrimas pujaban por salir—. Y sí, esos personajes o personas existen hoy por hoy, aman, lloran e intentan ser felices, como todos los demás, y me han dado lo más preciado que se puede dar: paz y cariño, una familia, aunque sea atípica frente a la sociedad, frente a las normas que te marcan lo que se supone que debes o no hacer desde que naces; yo me siento orgullosa y no me importa lo que digan, siempre defenderé el amor y la libertad y estaré en contra de todo y de todos los que condicionen esto... —Ahora, los que lloraban eran su padre y sus dos amigas. El silencio se había levantado en la sala, pero ella solo tenía ojos para ellos, los quería tanto que pensaba que su corazón no podría albergar más amor del que ya sentía. Nada más lejos de la realidad, porque, pronunciando estas palabras y sin notarlo, amaba a todas aquellas personas que en algún momento se habían sentido de una forma similar, sin poder expresarse libremente por cualquier motivo, oprimidos por una sociedad en la que vivían, silenciados por el miedo al qué dirán y cómo te tratarán tus propios vecinos, escondidos hasta de sus propias familias por creer que harían daño al decir la verdad sobre lo que sentían.

Pero Alba no se daba cuenta de esto. Solo veía a dos mujeres que se amaban y que habían librado su propia batalla durante años. Dos mujeres que se habían amado como amigas y como amantes, que se habían vencido y distanciado y que, con el tiempo, se habían reencontrado. Vio pasado, presente y futuro. Y, al verlo, supo hilvanar esa historia, coser muy bien los retales y conseguir encontrar, por fin, algo de sentido a su propia vida.

La rueda de prensa terminó sin que Alba fuera muy consciente de a cuántas preguntas había contestado ni del tiempo que había transcurrido. La sala se fue vaciando, su padre se acercó a ella con una cámara digital en las manos. Marta, la amiga de Laura, iba junto a él. Los acababan de presentar; por cosas del destino no habían coincidido hasta ese día, y su padre la miraba de esa forma...

Justo como la miraba el joven periodista desaliñado mientras recogía sus cosas precipitadamente. De alguna forma supo que volvería a verlo.

—Repitamos aquella fotografía —le dijo su padre, entusiasmado.

Alba lo miró sin entender de qué fotografía le hablaba. Estaba exhausta después de aquella sesión de preguntas y respuestas.

—¿Te parecen pocas las fotografías que me han hecho hoy, papá? —Pero, mientras hablaba, Laura y Ruth la habían cogido de los brazos y se colocaron una a cada lado. Entonces, comprendió. Sin planearlo, las tres imitaron los gestos de entonces, los que quedaron plasmados en aquella fotografía, de tal manera que no se sabía si eran Ruth y Laura las que se aferraban a Alba, unidas a través de ella, o si era Alba la que se sostenía en ellas.

—A ver... —avisó su padre—. ¡Ya! —Y las tres sonrieron, haciendo de esta fotografía otra completamente distinta a aquella; las mismas personas, muchos años después, y toda una vida por delante.

**FIN**

## **AGRADECIMIENTOS**

A Bookfy, por su preciosa portada.

A Lourdes Blasco, por sus lecturas y revisiones de texto. Y a Zenaida, por sus puntualizaciones acertadas.

A Abril Camino por su corrección y maquetación final.

A todos/as mis lectores/as. Saber que alguien me lee hace que me anime aún más a seguir escribiendo.

## SOBRE LA AUTORA

Hace algo años, publicaba *Encuentros sobre azules*, y la grata experiencia me lleva a seguir con algo que permanece desde que soy niña, la escritura. Anteriormente, publiqué un libro de relatos y poemas, que volveré a reeditar en breve, y participé en concursos y foros especializados con algunos de mis relatos y poemas. Precisamente, uno de aquellos relatos ha dado pie a esta novela, cambiando el final de la trama y el parentesco entre las protagonistas. Esta novela llevaba diez años en una carpeta de un disco duro, la había olvidado y fue un descubrimiento en el que me puse enseguida manos a la obra; he reescrito, quitado, incluido... Espero que os guste.

Ahora que me he lanzado a la publicación, amenazo con no parar mientras tenga historias que contar.

Podéis encontrarme en Internet, si os apetece.

**Mi web:** <http://lilycarmona.com>

**Instagram:** <https://www.instagram.com/elcuadernodelily/>

**Facebook:** <https://www.facebook.com/ElcuadernodeLily/>

**Twitter:** <https://twitter.com/cuadernodelily>

**Amazon:** <https://www.amazon.es/Encuentros-sobre-azules-Lily-Carmona-ebook/dp/B00R3LS808>